

DESCAMPADO

**Ensayos sobre las
contiendas universitarias**

**RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE
ANDRÉS MAXIMILIANO TELLO**
Editores



SANGRÍA

[Intervenciones]



Permitimos la reproducción completa o parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico, con el debido reconocimiento de la autoría y fuente de los textos, y sin alterarlos. Este permiso corresponde a la licencia de Creative Commons BY-NC-ND.

International Standard Book Number: 978-956-8681-24-1

Sangría Editora, 2012

Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile

www.sangriaeditora.com

sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, Pilar García, Mónica Ríos y Martín Centeno.

Diagramó el libro Carlos Labbé.

El diseño de portada fue realizado por Joaquín Cociña.

Esta edición se terminó de imprimir digitalmente en abril de 2012 en Dimacofi Servicios, Santiago de Chile.

ÍNDICE

Descampado. Ensayos sobre las contiendas universitarias es la segunda publicación en Intervenciones, línea de batalla de Sangría Editora que busca manifestar aperturas, propuestas y disensos a eventos donde nos parece necesario un acto de participación editorial. En este caso, el movimiento estudiantil chileno que se expresa decisivamente a partir de 2011.

RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE Y
ANDRÉS MAXIMILIANO TELLO

**La universidad en ruinas.
A modo de presentación.....9**

BILL READINGS
La idea de excelencia.....29

ALEJANDRA CASTILLO
Democracia elitista y educación.....79

RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE
**Notas sobre la inteligencia
precaria (o lo que los neoliberales llaman *capital humano*).....101**

ANDRÉS MAXIMILIANO TELLO
**Contra la educación
gubernamental. Fragmentos
para una crítica de los bienes.....157**

WILLY THAYER
**Soberanía, cálculo
empresarial y excelencia.....201**

SERGIO VILLALOBOS-RUMINOTT
**El invierno chileno como
crisis del orden neoliberal.....223**

ALBERTO DE NICOLA Y GIGI ROGGERO
**Ocho tesis sobre la
universidad, la jerarquización
y las instituciones del común.....255**

Agradecimientos.....267

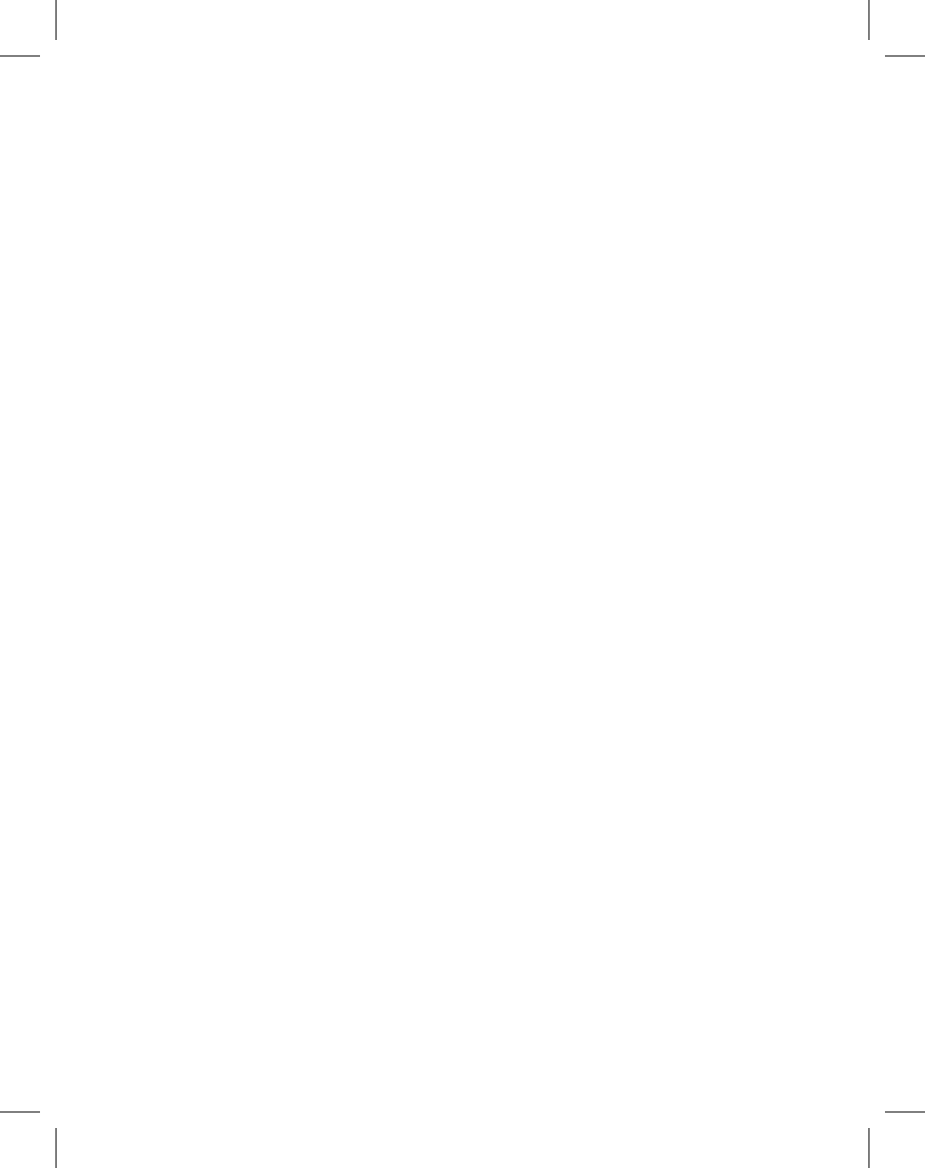
Sobre los autores.....269

En esa llamada acción estudiantil, los estudiantes nunca actuaron como estudiantes, sino como reveladores de una crisis de conjunto, como los portadores de un poder de ruptura que ponía en cuestión al régimen, al Estado, a la sociedad.

Maurice Blanchot

«El mercado está en la naturaleza humana», tal es la tesis que no debe quedar sin cuestionamiento: en mi opinión, es el terreno de lucha ideológica más crucial de nuestra época.

Fredric Jameson



LA UNIVERSIDAD EN RUINAS

A modo de presentación

RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE Y
ANDRÉS MAXIMILIANO TELLO

I

La universidad, cenit de diversos proyectos teleológicos de la modernidad occidental, alcanza actualmente su *universalitas* en la metamorfosis del impulso que llegó a concebirla como fuente del conocimiento social, cuerpo propagador del saber y sus luces, guía del espíritu del pueblo y motor del progreso. Como lo indicó Bill Readings hace más de una década, la globalización universitaria se consume en medio del arruinamiento de su misión histórica: la institución moderna privilegiada de la enseñanza superior se transmuta ahora en una rentable corporación transnacional. De cierto modo, sin embargo, la deriva contemporánea de la universidad moderna estaba ya inscrita en

su proyección ilustrada, desde el siglo XVIII en adelante¹. En la introducción a *La contienda entre las facultades*, Kant inserta una peculiar nota a pie de página que, a la luz de las actuales contiendas universitarias, resulta de sumo interés:

Cierto ministro francés convocó a algunos de los comerciantes más reputados con objeto de recabar sus propuestas respecto a cómo restablecer el comercio, como si él fuera capaz de elegir las mejores entre ellas. Después de que varios hubieran emitido su parecer, un viejo comerciante dijo: «Haga buenos caminos, acuñe buena moneda, proporciónenos un derecho de cambio ágil y todo eso, pero respecto a lo demás, idéjenos hacer!» [el famoso *laissez-faire*, aunque Kant lo cita en su lengua: *laßt uns machen*]. Una respuesta similar sería la que habría de dar la Facultad de Filosofía cuando el gobierno le pregunte sobre la doctrina que prescribe al estudioso en general: «limitarse a

1 En «La verdad de la crisis», presentación del libro *La crisis no moderna de la universidad moderna, de Willy Thayer* (1996), Pablo Oyarzún señalaba: «No sólo pertenece la universidad a la crisis. No sólo queda circunscrita en ella, sino también, y sobre todo, la ha premeditado sin cesar, *volens volens*, hasta verla consumada sin reservas» (90). Texto publicado por Pablo Oyarzún en *Rúbricas*. Santiago: Facultad de Artes, Universidad de Chile, 2010. Páginas 87 a 97.

no estorbar el progreso del conocimiento y de las ciencias»².

Esta anécdota apareció anónimamente en un artículo publicado en el *Journal Oeconomique* de 1751, aunque hoy sabemos que fue el Marqués de Argenson quien la refirió (Kant posiblemente la tomó de «Principles of trade» (1774), un texto de Benjamin Franklin)³. En un momento donde el mercado tenía un lugar bastante marginal frente al soberano Estado, no extraña que la libertad que se solicitaba para él también se quisiera replicar en el ámbito del pensamiento, y de la filosofía en particular. En Kant la cita surge cuando está planteando la necesidad de una facultad que opere de manera «independiente de los mandatos del gobierno [que] tenga libertad no de dar orden alguna, pero sí de juzgar todo cuanto tenga que ver con los intereses científicos, es decir, con la verdad, terreno en el que la razón debe tener derecho a expresarse públicamente»⁴. De acuerdo a la topografía kantiana, la Facultad Inferior, que es el nombre

2 Immanuel Kant. *La contienda entre las facultades de filosofía y teología*. Traducción de Roberto Rodríguez Aramayo. Madrid: Trotta, 1999.

3 Vincent Paul Dolan, *Kant's public philosophy*. Berlin: tesis doctoral de la Freie Universität, 1980.

4 Immanuel Kant. *La contienda*. Obra citada. Página 4.

que le dio a la Facultad de Filosofía, corresponde al lugar donde debería residir dicha libertad. Y si bien es ella la que debe responder al gobierno, éste no puede, por su propio bienestar, entrometerse en su actuar. Debe *dejarla hacer*. Se trata, en otras palabras, de limitar la razón gubernamental, aquella razón que tenía la facultad de censurar publicaciones, tal como le ocurrió al mismo Kant. Por supuesto que el autor prusiano estaba lejos de ver que su defensa de la Facultad Inferior frente a las censuras del soberano se volvería, alrededor de dos siglos más tarde, una forma de lucha contra el modelo que blandió como ejemplo. Ese modelo es el que hoy, de diferentes maneras, le ha quitado fuerza a la crítica, coarta el pensamiento, impide su libre circulación y la censura⁵.

II

Frente a un estado que impedía la autonomía universitaria y que buscaba formar sus cuadros gubernamentales (aquellos peritos del saber que constituirían lo que Ángel Rama, quizá a partir del mismo Kant, llamó *la ciudad letrada*), la crítica

5 Jacques Derrida, «Chaire vacante: censure, maîtrise, magistralité», en *Du droit à la philosophie*. Paris: Galilée, 1990. Páginas 343 a 370, especialmente de 347 a 348.

universitaria era imprescindible. Pero en Chile estábamos lejos de su topografía, pues acá la fuerza de la Facultad Inferior fue por décadas inexistente, e incluso el modelo de Universidad humboldtiano tardaría en aparecer. Bello fundó una Universidad donde la filosofía y las humanidades, antes de encargarse libremente de velar por «la *verdad* de las doctrinas» que se debían admitir racional y no gubernamentalmente⁶, tenían por cometido la formación de un sujeto *ad hoc* a las políticas que implantaba el emergente Estado chileno. Es posible que Bello quisiera otra institución, pero en la práctica es esa la que tuvo lugar, por lo menos en sus inicios⁷. Por ello su labor prioritaria fue la vigilancia de la política educativa nacional, que se realizaría a través de una superintendencia⁸, distinta, claro, a la que hoy se pide para regular el mercado educacional. Además, la Facultad de Humanidades,

6 6 Immanuel Kant. *La contienda*. Obra citada. Página 4.

7 Grínor Rojo ha sostenido recientemente que Bello aceptaba, aunque con distanciamiento –«miraba más lejos que todos», señala Rojo– esta política, debido a las «carencias que eran comprensibles y justificables dado el breve plazo transcurrido en el proceso de institucionalización de la joven república, y como parte de un programa de actividades cuyo foco estaba, tenía que estar, en otro lado», en *Clásicos Latinoamericanos. Para una relectura del canon*. Santiago: Lom, 2011. Página 66.

8 Sol Serrano. *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*. Santiago: Universitaria, 1993. Página 78.

al igual que las nacientes Facultades de Medicina, Leyes y Ciencias Matemáticas y Físicas, tenía entre sus cometidos generar las estadísticas nacionales de sus respectivas áreas, y vale recordar que la estadística, como herramienta, vendría a ocupar un lugar central en la biopolítica decimonónica de Occidente⁹. La Universidad de Chile era entonces una universidad *del* Estado y *para* el Estado, que debía encarar los problemas económicos y políticos de la joven y creciente *población chilena*. Sí, Bello era heredero de Condorcet y Talleyrand, pero también de Mill y Bentham. No por nada Patricio Marchant señaló hace casi treinta años que la Universidad de Chile «fue posible porque la realidad misma la hacía necesaria: los discursos en que fundaba su primacía –el positivismo comtiano, primero y, luego, la «filosofía de los valores»–, no eran meros discursos, sino que constituían momentos esenciales de la

9 *Ibid.* Páginas 70 a 74. Ver también: Superintendencia de Educación Pública. *La superintendencia de Educación Pública*. Santiago: Universitaria, 1954. Páginas 15 a 17. Este texto, de carácter histórico, comienza así: «Cuando se estudia el origen de nuestras instituciones educativas sorprende comprobar la lúcida conciencia que los fundadores de la vida chilena parecen haber tenido, desde el primer momento, sobre las estrechas relaciones que existen entre la organización de la República y la construcción de un sistema nacional de enseñanza» (9). A nosotros nos sorprende que este nexos haya sido tan poco estudiado (bio)políticamente.

realidad chilena»¹⁰. De manera que no fue el modelo de Humboldt ni el de Kant, sino el de Napoleón el que se instauró inicialmente en nuestro país, desde donde además se tomó la idea de Superintendencia, pues la enseñanza no era una prioridad ni una política universitaria; para eso estaba el Instituto Nacional. Las facultades, por lo tanto, se dedicaban a la profundización utilitaria de sus respectivas disciplinas, a promover la ideología del «progreso». Si hubo una facultad superior, en el sentido kantiano, fue paradójicamente la de Filosofía y Humanidades, esa que hoy está cercada por todos lados y que muchos buscamos defender. De manera que si en la Francia napoleónica la educación superior «nunca fue una universidad en el sentido normal, sino más bien una aglomeración de cuerpos docentes proyectados para establecer un monopolio estatal sobre la educación pública»¹¹, lo mismo podemos señalar de Chile¹². De este modo, la defensa de la Universidad –la defensa de la Universidad de Chile en particular– implica y necesita, urgentemente, su deconstrucción.

10 Patricio Marchant. *Sobre árboles y madres*. Buenos Aires: La Cebra, 2009 [1984]. Página 135.

11 Geoffrey Ellis. *Napoleón*. Traducción de Pilar Placer Perogordo. Madrid: Biblioteca Nueva, 2010.

12 Sol Serrano, «La revolución francesa y la formación del sistema nacional de educación en Chile», en *La revolución francesa y Chile*, Ricardo Krebs y Cristián Gazmuri, editores. Santiago: Universitaria, 1990. Páginas 247 a 265.

III

Por mucho tiempo la afirmación de la autonomía universitaria sirvió como garante de una contienda en donde la facultad inferior, el pensamiento crítico o el trabajo intelectual se encargaban de poner en cuestión el saber instituido y utilitario con sus doctrinas, que funcionaban en el resto del cuerpo social. Pero las murallas de la universidad fueron desbordadas no sólo por la expansión de sus conocimientos, sino por el propio principio liberal que propiciaba su campo de acción autónomo, su *laissez-faire*. Así, en el capitalismo contemporáneo la coincidencia entre los momentos de producción y circulación –de cualquier mercancía, incluyendo al *conocimiento* mismo, y a quienes portan o encarnan dicho conocimiento– se traduce también en la coincidencia entre universidad y mercado –y también entre mercado y democracia. Como efecto de esta convergencia se puede entender el *mercado global de la educación* surgido en las últimas décadas. Según esta nueva *condición desterritorializada*, no sólo la labor de investigación, formación y producción, así como la circulación de conocimientos universitarios, se rigen por el mercado, sino que además la propia administración de las instituciones de educación superior se realiza desde una lógica empresarial,

reterritorializando a la universidad en nuevos procedimientos corporativos supeditados al mundo de los negocios, del *management*.

La libertad de circulación de la cual goza hoy la universidad flexible, para diseminarse en sedes nacionales e internacionales, fragmentarse en programas de investigación y en ofertas curriculares, presenciales y virtuales, se traduce paradójicamente en la hipoteca de su autonomía, tal como ésta fue pensada modernamente y por la que se luchó en Chile durante décadas, puesto que la coincidencia entre universidad y mercado de hecho significa la reducción de la primera al segundo. Las murallas reales y ficticias que otrora delimitaron el espacio universitario, que le otorgaron su soberanía, se han diluido, de manera que ya no existe un campo de acción autónomo para la universidad, ni menos un «campo cultural» que la cobije; habitamos un *descampado* –un terreno baldío, parafraseando a T. S. Eliot– que la universidad contribuye, y no poco, a mantener. Una universidad líquida, en la terminología de Zygmunt Bauman.

IV

Desde este punto de vista, es lógico que Marchant se preguntara, poco tiempo después de que la Dictadura promulgara la Ley General de Universidades en 1981, por el sentido que podía tener la defensa de la autonomía de las universidades, y de la Universidad de Chile en particular. Lo cierto es que la universidad moderna que servía al Estado, tanto en Francia como en Chile y tantos otros países, no dejaría de verse revolucionada una y otra vez por las estudiantes y los estudiantes que la han habitado. Las luchas estudiantiles hoy vuelven a impugnar una universidad que ya no sirve al Estado, sino al mercado; una universidad que un althusseriano vería, con desorientación tal vez, como un *aparato ideológico del mercado*. Sin embargo, el escenario que vivimos es más complejo. La ideología fue pensada en un momento en que las relaciones de producción aún no se encarnaban en nuestros propios cuerpos hasta hacer indistinguibles las categorías con que pensamos la universidad, el capital y el trabajo. Por eso las contiendas actuales sobre aquello que seguimos tozudamente llamando universidad –hacerlo es parte de nuestra resistencia– no deberían concentrarse en la recuperación de un modelo universitario determinado, sino en la invención de una universidad donde el saber opere sin censuras,

sean éstas estatales o neoliberales. Lyotard informó sobre la condición mercantil del saber universitario en 1979, veinte años más tarde Derrida pensaba la (im)posibilidad de una universidad y de un saber (por venir) sin condición, pues a pesar de que la Universidad se rinde y muchas veces se vende, su resistencia y su articulación con otras luchas todavía es posible, dentro y fuera de los campus. La universidad sin condición «tiene lugar, busca su lugar en todas partes donde esa incondicionalidad pueda anunciarse»¹³. Su apuesta tiene lugar cada vez que distinguimos «entre una idea del saber y un proyecto de utilización técnica»¹⁴, a pesar de las limitaciones que a tal distinción se le impongan. Este libro se suma a otros esfuerzos semejantes en esa insistencia, precisamente.

V

La universidad no ha dejado de ser el sitio de una contienda incluso en medio de su crisis, o tal vez porque no es más que una coagulación de la desigualdad y la explotación que rige al descampado

13 Jacques Derrida. *La universidad sin condición*. Traducción de Cristina de Peretti y Paco Vidarte. Madrid: Trotta, 2002. Página 76.

14 Jacques Derrida, «Chaire vacante: censure, maîtrise, magistralité». Páginas 364 y 365.

como *escena sin centro* de la libre circulación educacional, donde irrumpen el descontento y la agitación. Las movilizaciones estudiantiles y sociales que han recorrido el siglo pasado y el presente son, en ese sentido, la contraparte de la deriva (neo) liberal de la universidad que surge desde las propias tensiones que ésta genera. Pero a diferencia de las movilizaciones estudiantiles de los sesenta y los setenta, que criticaron la estructura jerárquica de la universidad y su función como espacio productivo de poder y saber dentro del sistema capitalista, las movilizaciones contemporáneas parecen oponerse a la propia gubernamentalidad de los diversos espacios de educación y formación profesional, dispositivos con que se gobierna a estudiantes, trabajadores y familias completas, donde el mercado sería el nuevo Leviatán, uno que se viste con piel de oveja¹⁵. El gobierno económico de las instituciones de enseñanza no es sino una muestra privilegiada de las nuevas formas de explotación, endeudamiento y control cotidiano que se expanden en el también llamado «capitalismo cognitivo»¹⁶.

La reactivación de la contienda actual de las universidades, que apunta finalmente al cuestio-

15 Fredric Jameson, «Postmodernism and the Market», en *Socialist Register* 26, 1990. Páginas 95 a 110.

16 Olivier Blondeau et al. *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de sueños, 2004.

namiento de la lógica neoliberal del gobierno sobre los ciudadanos y la perpetuación de la desigualdad social y la precarización de la vida, revitaliza a su vez el espacio para una *política* surgida de la movilización ciudadana, que no se asienta ya en las formas clásicas de la representación ni en las de la soberanía, exigiendo tal vez una reinención de la propia idea de *ser ciudadanos y ciudadanas*, y sobre todo de *la universidad misma*. De igual manera, las movilizaciones y las tensiones del conflicto universitario hacen resurgir la discusión pública en torno a la noción de ideología, ya sea en su utilización laxa desde el *establishment* político y periodístico que acusa a los estudiantes de estar «ideologizados», asumiéndose por su parte como esferas libres del accionar ideológico, o bien desde su uso en ciertos grupos de izquierda que intentan apropiarse, con viejas consignas y métodos, de un movimiento social que trasciende su propia ideología partidista en la apertura rizomática con la cual se manifiesta, pues su estrategia –la coordinación– es un éxodo de la política tradicional, y la invención de una política singular, experimental, abierta al acontecimiento y a la democracia por venir¹⁷. Lo cierto es que en este panorama en el cual se cuajan los diferentes momentos históricos de la deriva de la Universidad

17 Mauricio Lazzarato, «La forma política de la coordinación», en *Arte, máquinas, trabajo inmaterial*. Marcelo Expósito, coordinador. Madrid: Brumaria, 2006. Páginas 341 a 350.

Occidental, las universidades en su accionar global y local ya no pueden seguir siendo consideradas simplemente espacios autónomos del saber, centros privilegiados del progreso del pueblo, instituciones hegemónicas de la clase dominante o aparatos ideológicos del Estado. En su (co)incidencia con el mercado, la crisis de la universidad es también la crisis de nuestra capacidad analítica para definir cuál debería ser su lugar, para determinar, de una vez por todas, la resolución de la contienda¹⁸. Quizás es por eso, porque se sostiene con dificultad en un lugar que está siempre en disputa, que la universidad adquiere una vez más valor político.

VI

Este libro, pensado a partir del auge del movimiento estudiantil, es un conjunto de ensayos que busca aportar materiales para el debate y la lucha universitaria, e insistir en la relevancia de los puntos referidos. Nos propusimos escribir e invitar a otros a hacerlo. En conjunto, nos interesa abrir el espectro de la discusión, centrado principalmente en la *recuperación* de la educación pública, sin considerar muchas veces las mutaciones –tanto

18 Willy Thayer. *La crisis no moderna de la universidad moderna*. Santiago: Cuarto Propio, 1996.

locales como globales— que han acontecido en los últimos treinta años, mutaciones que hacen imposible el retorno a la universidad que conocieron las generaciones anteriores. No pretendemos agotar todas las dimensiones del debate, todas sus líneas, sino visibilizar algunos posibles ejes de articulación y contienda.

En ese sentido, el ya clásico ensayo de Bill Readings que abre el volumen parte constatando la obsolescencia de la universidad moderna identificada con el Estado-nación y demuestra cómo la idea de *excelencia* ha devenido principio organizador de las universidades contemporáneas, a pesar de que su vacuidad, su no-referencialidad, la convierte en paradójica medida integral de todo el quehacer universitario a través de índices y *rankings* diversos, permitiendo la contabilidad exhaustiva de las instituciones de educación superior y su incorporación a una red internacional de sistemas burocráticos. Así, la propia idea moderna de Universidad se vacía, tomando la forma de una corporación burocrática que no trabaja para nadie más que para sí misma, y que mediante la noción de *excelencia* se integra al mercado¹⁹.

19 Una rápida mirada a los lemas de algunas universidades chilenas en sus páginas web nos arroja el siguiente muestrario: Universidad Andrés Bello, «una universidad que ofrece, a quienes aspiran a progresar, una experiencia educacional integradora y de excelencia»; Pontificia Universidad Católica de

El ensayo de Alejandra Castillo aborda la instalación y el enmarque de la democracia elitista en Chile, es decir, de un gobierno basado en la circularidad de grupos dirigentes, principales detentadores y proveedores del prestigio y los bienes políticos, que cobijan además un sistema educacional dispensador de mercancías para un mercado de consumidores. Se observa, entonces, un traslado al léxico político y educacional de términos provenientes del mundo empresarial; el de *excelencia* es uno de los que más resalta en las retóricas y prácticas del gobierno. De esta manera olvidamos que a la democracia le es propio un principio de igualdad y no de exclusión, como sucede en nuestro marco constitucional.

Chile, «una institución que integra la excelencia académica y una formación inspirada en la doctrina cristiana»; Universidad de Chile, «una institución de educación superior de carácter nacional y pública, que asume con compromiso y vocación de excelencia la formación de personas»; Universidad Adolfo Ibáñez, «único partner del CFA Institute Chile [que establece] los más altos estándares éticos, educacionales y de excelencia profesional»; Universidad Diego Portales, «consciente de los grandes desafíos en el Ámbito de la educación y la excelencia»; Universidad San Sebastián, «porque es conocida, con académicos de excelencia y posee una moderna infraestructura»; Universidad del Desarrollo, «no sólo preocupada por formar profesionales de excelencia, sino también por el desarrollo integral de sus estudiantes» (mención aparte, su referencia a «cifras de excelencia»); Universidad de Concepción, «que potencia su capacidad competitiva al combinar la excelencia de su educación con el importante apoyo a la excelencia en los servicios entregados a los estudiantes».

Por su parte, Raúl Rodríguez Freire [sic] traza una genealogía de la noción de capital humano –en Estados Unidos y en Chile–, y refiere su impacto en la precarización del saber como también en las actuales condiciones de vida, con un énfasis en aquellos y aquellas que se dedican a la docencia universitaria. Este ensayo describe el tránsito –con la reforma universitaria de 1981– de una universidad centrada en el género humano (Bello) a una centrada en el capital humano (Friedman), donde trabajadores y estudiantes han devenido pequeños capitalistas o, en la lengua dominante, emprendedores. El título pone el acento en las mutaciones del espacio del saber, desde la idea de identidad de Alfonso Reyes a la precarización como norma del existir.

El ensayo de Andrés Maximiliano Tello realiza una genealogía de la noción de «bien» como crítica a las tesis que ven en la contienda actual de las universidades el efecto de la disolución limítrofe entre bienes públicos y bienes privados en un *mercado autorregulado*. El vínculo entre la *consagración* de los bienes con las diferentes expresiones históricas del paradigma político de la soberanía y del gobierno demuestra que no es el Estado quien administra aquello que llamamos comúnmente bienes, sino las más amplias *tecnologías gubernamentales*. En su reducción al registro económico y delimitando los bienes funcionalmente en divisiones o mixturas de

lo público y lo privado, estas tecnologías configuran el régimen político –o, mejor dicho, *policial*– en que los bienes se disponen socialmente. No obstante, el texto sostiene que los bienes no pre-existen a la composición de su uso, y por ello no anteceden a la intervención *de la política* que, en este caso, se manifiesta en el movimiento estudiantil.

El ensayo de Willy Thayer aborda el desmantelamiento perpetrado por el Golpe de Estado en Chile y el marco de la Dictadura soberana (Schmitt) de la Constitución del 80, que contiene la *transición* al *no marco* neoliberal. Plantea entonces que la Dictadura introduce soberanamente la transición a un mercado sin encuadre: el *gobierno de poblaciones según el cálculo financiero*. En este sentido, la modernización del sistema educacional impulsada durante las últimas décadas no sería más que otra muestra de esa misma *transición* en el ensamble soberano-empresarial, exhibiendo así la educación bicentenaria del estado de excepción como la regla con que vivimos. Para cerrar, Thayer se refiere, justamente, a la insubordinación del movimiento estudiantil en medio de dicho ensamble de tecnologías, a su interrupción como momento irreductible a ese ensamble.

El ensayo de Sergio Villalobos-Ruminott se aboca, primero, a mostrar la complicidad estructural entre reformismos progresistas y neoliberales, los

cuales, basados en el mismo modelo de modernización, desarrollismo, y temporalidad histórica –el historicismo–, tienden a fundamentar el diseño biopolítico de la sociedad con reformas constitucionales, laborales y educacionales orientadas por idénticos presupuestos normativos. Una vez establecido este horizonte, el texto interroga la crisis educacional chilena como sinécdoque de la crisis del patrón de acumulación global, y resalta la política reveladora del movimiento estudiantil, que vendría a desocultar ese proceso de modernización que entraña la precarización de la vida.

Finalmente, Alberto de Nicola y Gigi Roggero plantean en sus ocho tesis la necesidad de enfrentar el arruinamiento de la universidad moderna sin nostalgias. Describen su nuevo estado como sitio de control, jerarquización flexible e inclusión diferencial del «trabajo y conocimiento vivo» en el capitalismo global contemporáneo. Si bien la institución universitaria ya no ocupa un lugar central en la producción del conocimiento, desbordado por las redes de información, sigue siendo importante como espacio de luchas políticas, como sitio del potencial exceso, expresado en las manifestaciones de estudiantes y trabajadores precarios que demuestran la posibilidad de crear agencias antagónicas y de abrir nuevas alternativas para pensar instituciones orientadas a la cooperación social y a la construcción común.

El conjunto de ensayos que aquí proponemos no cruzan sólo la política, sino también –y de manera fundamental– la economía política que cataliza las contiendas universitarias del siglo XXI. Es de esperar entonces que esta reunión contribuya a los debates y luchas que hoy se dan en el ámbito de la educación. Serán debates y luchas que pasan por la Universidad sin detenerse en ella.

raúl rodríguez freire y
Andrés Maximiliano Tello
Santiago y Berlín, noviembre de 2011

LA IDEA DE EXCELENCIA

BILL READINGS¹

Lo relevante de hacer una distinción entre la Universidad moderna como brazo ideológico del Estado-Nación y la Universidad contemporánea como corporación burocrática es que permite observar un importante fenómeno. La *excelencia* se convierte rápidamente en la consigna de la Universidad, y para alcanzar una comprensión de la Universidad como institución contemporánea es necesaria una reflexión sobre lo que puede o no significar este recurso a la excelencia.

Un par de meses después de mi primera charla sobre lo significativo del concepto de excelencia, la principal revista semanal de noticias de Canadá, *Macleans*, publicó su tercera edición especial anual sobre las universidades canadienses, similar

1 Este ensayo corresponde al segundo capítulo del libro de Bill Readings *The University in Ruins*. Cambridge: Harvard UP, 1996. Fue publicado originalmente en el segundo número de *Papel máquina. Revista de Cultura* durante 2009. Traducción de Pablo Abufom.

al tipo de ránking producido por *U. S. News and World Report*. La edición de *Maclean's* del 15 de noviembre de 1993, que se proponía hacer un ránking de todas las universidades según diversos criterios, fue titulada, para mi sorpresa, *Un índice de excelencia*². Esto me sugiere que la excelencia no es tan sólo el equivalente de la *gestión de calidad total* (GCT). No es simplemente algo que fue importado a la Universidad desde la empresa como un intento de administrar la Universidad como si fuera un empresa. Ese tipo de importaciones implican, después de todo, que la Universidad no es realmente una empresa, sino que es como una empresa sólo en algunos aspectos.

Cuando la Ford Motors firma un «acuerdo de cooperación» con la Ohio State University para desarrollar «una gestión de calidad total en todas las áreas de la vida del campus», este acuerdo se basa en el supuesto de que «la misión de la universidad y la de la corporación no son tan diferentes», como señala Janet Pichette, vicepresidenta de negocios y administración en la Ohio State³. No «tan diferentes» quizás, pero tampoco idénticas. La Universidad está camino a convertirse en una corporación, pero todavía

2 *Maclean's*, 106, N° 46. 15 de Noviembre de 1993.

3 Citado en Aruna Jagtiani, «Ford Lends Support to Ohio State», *Ohio State Lantern*, 14 de Julio de 1994. Página 1.

tiene que aplicar la GCT a todos los aspectos de su experiencia, aunque el hecho de que E. Gordon Gee, presidente de la Ohio State, pueda referirse a «la universidad y a los clientes que ésta sirve» es un signo de que la Ohio State está bien encaminada. La invocación de la «calidad» es el medio para lograr esa transformación, puesto que la «calidad» puede hacer referencia a «todas las áreas de vida del campus» indistintamente, y puede ponerlas juntas en una misma escala de evaluación. Tal como informa el periódico del campus, el Ohio State Lantern, «la calidad es el asunto principal para la universidad y los clientes que ésta sirve, expresó Gee, refiriéndose a los académicos, los estudiantes, sus padres y los ex alumnos»⁴. La necesidad que tuvo el autor de este artículo de especificar a quién se refería el presidente al hablar de los «clientes» de la Universidad es un signo conmovedor de una visión casi arcaica de la educación, una que imagina que todavía podría surgir alguna confusión sobre este asunto.

Podríamos entonces sugerir una clarificación al presidente Gee: si la calidad no es la cuestión principal, pronto lo será la excelencia, porque es el reconocimiento de que la Universidad no *es como* una corporación; *es* una corporación. Los estudiantes de la Universidad de la Excelencia

⁴ *Ibid.*

no son *como* clientes; *son* clientes. Porque la excelencia implica un salto cuántico: se desarrolla en la Universidad como la idea en torno de la cual gira la Universidad y a través de la que se vuelve comprensible al mundo exterior (en el caso de *Maclean's*, las clases media y alta de Canadá).

En general escuchamos a los administradores universitarios hablar mucho sobre la excelencia, porque se ha convertido en el principio unificador de la Universidad contemporánea. Las «dos culturas» de C. P. Snow se han convertido en las «dos excelencias», la humanista y la científica⁵. Como principio integrador, la excelencia tiene la ventaja singular de no tener sentido alguno o, para decirlo más precisamente, de ser no-referencial. He aquí, como ejemplo del modo en que la excelencia socava la referencia lingüística, una carta de William Sirignano, ex decano de ingeniería de la Universidad de California en Irvine, a los académicos y funcionarios. Se trata de una queja sobre su destitución por parte del canciller Laurel Wilkening reseñada en el periódico del campus:

«La Oficina del Presidente y la administración central del campus de la UCI están demasiado enfrascados en el manejo de crisis, el autoservicio

⁵ C. P. Snow. *Two Cultures and a Second Look*. Cambridge: Cambridge University Press, 1969.

y la controversia como para impulsar la *excelencia* en los programas académicos», escribió Sirignano en un memorándum del 22 de marzo. Alentó al nuevo decano, a los miembros del departamento y los académicos, a «crear presiones en pos de la excelencia para la escuela». La transición del liderazgo «será un desafío para la búsqueda de *excelencia* y de movilidad social para la Escuela de Ingeniería», dijo. «No va a ser fácil reclutar a un decano excelente en este tiempo de crisis fiscal»⁶.

En una situación de estrés máximo, y con el fin de oponerse al presidente de la universidad, el decano apela al lenguaje de la excelencia con una regularidad que es más destacable en la medida que pasa desapercibida por el autor del artículo⁷. En efecto, éste ha seleccionado aquellas frases que incluyen la palabra «excelencia» como las que resumen más precisamente el sentido de

6 Phat X. Chem, «Dean of Engineering Forced Out», en *New University*. University de California en Irvine. 4 de Abril, 1994. Las cursivas son mías.

7 Se puede percibir con cierta evidencia la distancia que hemos viajado al notar la ironía histórica en el hecho de que esta es una carta redactada un día 22 de marzo para criticar a una universidad, la misma fecha utilizada para darle nombre al movimiento revolucionario en las universidades francesas en 1968, el «Movimiento 22 de marzo». *Sic transit*.

la carta. La excelencia aparece aquí como una base incontestable, el arma retórica que más posibilidades tiene de recibir aprobación general. Regresando al ejemplo del acuerdo entre la Ford y la Ohio State, podríamos suponer que un número considerable de académicos pudieron darse cuenta de la imposición exterior de la «gestión de calidad total», pudieron resistir la ideología implícita en la noción de calidad y plantear que la Universidad no era análoga a una empresa, como afirmaba la Ford. Pero Sirignano es un académico que le escribe a un académico para una audiencia de académicos. Y su recurso a la excelencia no está encubierto ni aparece mitigado, no parece requerir explicación. Muy por el contrario. La necesidad de la excelencia es algo en lo que todos estamos de acuerdo. Y estamos de acuerdo sobre ella porque no es una ideología, en el sentido de que no tiene un referente externo o un contenido interno.

Hoy en día, todos los departamentos de la Universidad pueden ser instados a esforzarse por la excelencia, puesto que la aplicabilidad general de la noción es directamente proporcional a su vacuidad. Así, por ejemplo, la Oficina de Investigación y Estudios de Grado de la Universidad de Indiana en Bloomington explica que en su programa de Becas de Verano para Académicos «la excelencia de la propuesta de investigación es el principal criterio

empleado en el procedimiento de evaluación»⁸. Esta frase, por supuesto, no tiene sentido alguno, y aun así se supone que la invocación de la excelencia va más allá del problema de la cuestión del valor entre disciplinas, ya que la excelencia es el denominador común de una buena investigación en todos los campos. Aunque así fuere, significaría que la excelencia no podría invocarse como un *criterio*, porque no es un estándar fijo para juzgar, sino un calificador cuyo significado se fija en relación a algo más. Un bote excelente no es excelente por los mismos criterios que un avión excelente. De ese modo, decir que la excelencia es un criterio no dice absolutamente nada más que el hecho de que el comité no revelará los criterios usados para juzgar las postulaciones.

Y el uso del término «excelencia» no se limita a las disciplinas académicas en la Universidad. Por ejemplo, Jonathan Culler me ha informado que los Servicios de Estacionamiento de la Cornell University recibieron recientemente un premio por «excelencia en estacionamientos». Esto significa que han logrado un nivel destacable de eficiencia en restringir el acceso de vehículos motorizados. Tal como me señaló, la excelencia podría haber significado también que se facilitara

8 «Summer Faculty Fellowships: Information and Guidelines», Indiana University, Bloomington Campus, mayo de 1994.

la vida de las personas aumentando la cantidad de estacionamientos disponibles para el profesorado. El asunto aquí no son los méritos de una u otra opción, sino el hecho de que la excelencia puede funcionar igual de bien como criterio evaluativo para ambos lados del problema de lo que constituye la «excelencia en estacionamientos», porque la excelencia no tiene un contenido propio. No importa que sea una cuestión de aumentar el número de autos en el campus (en aras de la eficiencia del empleado –menos minutos perdidos en caminar) o de disminuir el número de autos (en aras del medioambiente); el trabajo de los funcionarios de estacionamientos puede ser descrito en términos de excelencia en ambos casos⁹. Es precisamente la falta de referencia lo que permite a la excelencia funcionar como un principio de traducibilidad entre idiomas radicalmente diferentes; tanto los servicios de estacionamiento como las becas de investigación pueden ser excelentes, y su excelencia no depende de ninguna cualidad o efecto específico que ambos compartan.

Este es claramente el caso en el artículo de *Maclean's*, donde la excelencia es la divisa común para el *ránking*. Categorías tan diversas como la

⁹ Como unidad de valor puramente interna, la excelencia comparte con la *virtù* de Maquiavelo la ventaja de que permite que el cálculo sea hecho según una escala homogénea. Sobre la *virtù*, véase Maquiavelo. *The Prince*. Wdición y traducción de Robert M. Adams. Nueva York: Norton, 1977.

composición del cuerpo estudiantil, el tamaño de los cursos, los financiamientos y las existencias en biblioteca pueden reunirse en una misma escala de excelencia. A estos ránkingos no se ingresa fácilmente. Con unos escrúpulos de los que la comunidad académica podría enorgullecerse, la revista dedica dos páginas completas a presentar la manera en que produjo las evaluaciones. Así, el cuerpo estudiantil es medido en términos de notas de ingreso (mientras más altas, mejor), el promedio de notas durante el estudio (mientras más alto, mejor), el número de estudiantes «de otras provincias» (más es mejor), y los índices de graduación dentro de límites estándar de tiempo (lograr la normalización es una buena cosa). El tamaño y la calidad de los cursos son medidos en términos de la proporción entre estudiantes y profesores (que debiera ser baja) y la proporción entre profesores contratados y profesores *part-time* o ayudantes de posgrado (que debiera ser alta). El profesorado es evaluado en términos de la cantidad de Ph.D., la cantidad de ganadores de premios, y la cantidad y montos de becas federales obtenidas, aspectos que son considerados como índices de mérito. La categoría «finanzas» evalúa la salud fiscal de una universidad en términos del balance del presupuesto operativo disponible para gastos, servicios estudiantiles y becas. El fondo de

biblioteca es analizado en términos de volúmenes por estudiante y el porcentaje del presupuesto universitario dedicado a la biblioteca, así como el porcentaje del presupuesto de biblioteca dedicado a nuevas adquisiciones. Una categoría final, la «reputación», combina el número de ex alumnos que hacen donaciones a la universidad con los resultados de una «encuesta realizada a altos funcionarios universitarios y directores ejecutivos de importantes corporaciones a lo largo de Canadá» (40). El resultado es un «índice de excelencia», al que se llega combinando las cifras en una proporción de 20% por estudiantes, 18% por tamaño de los cursos, 20% por el profesorado, 10% por finanzas, 12% por bibliotecas y 20% por «reputación».

Varias cosas son obvias en este ejercicio. De manera inmediata, la arbitrariedad de la ponderación de los factores y el carácter dudoso de estos indicadores cuantitativos de calidad. Junto con cuestionar la relativa ponderación atribuida a cada una de las categorías, podemos hacer una serie de preguntas acerca de lo que constituye la *calidad* en educación. ¿Son las notas la única medida para los logros de los estudiantes? ¿Por qué se privilegia la eficiencia de modo tal de asumir que graduarse «a tiempo» es algo bueno? ¿Cuánto tiempo toma *educarse*? La encuesta supone que el mejor profesor es aquel que posee los grados universitarios más

altos y la mayor cantidad de becas, ese profesor que es la reproducción más fiel del sistema. Pero, ¿quién dice que eso define a un buen profesor? ¿Es la universidad más rica necesariamente la mejor? ¿Cuál es la relación que se tiene con el conocimiento cuando se ve a la biblioteca como el lugar en que éste es acopiado? ¿Es la cantidad la mejor medida de relevancia para el fondo de una biblioteca? ¿Es el conocimiento sólo algo que debe reproducirse desde la bodega o es algo que se produce en la enseñanza? ¿Por qué habrían de ser los altos funcionarios universitarios y los directores ejecutivos de importantes corporaciones los mejores jueces de la «reputación»? ¿Qué tienen en común, y no es acaso preocupante esta compatibilidad? La idea de reputación, ¿no eleva acaso el prejuicio al nivel de un índice de valor? ¿Cómo fueron escogidos los individuos? ¿Por qué se incluye la «encuesta de reputación» en un ránking diseñado para establecer reputaciones?

La mayoría de estas preguntas son abstractas, en el sentido de que son sistemáticamente incapaces de producir certeza cognitiva o respuestas definitivas. Preguntas como estas necesariamente darán origen a un debate mayor, ya que están radicalmente en conflicto con la lógica de la cuantificación. En efecto, se han hecho críticas a las categorías usadas (y a la manera en que son definidas) en el estudio de

Maclean's, así como a su equivalente de *U.S. News and World Report*. Esta debe ser la razón por la que *Maclean's* incluye un artículo adicional de tres páginas titulado «La batalla por los hechos», que relata la heroica lucha de sus periodistas en la búsqueda de la verdad, pese a los intentos de las universidades por esconderla. Este ensayo detalla también las dudas expresadas por una serie de universidades, por ejemplo la queja del presidente de la Universidad Brandon de Manitoba de que «muchas de las fortalezas de las universidades no son recogidas en este ránking de *Maclean's*» (46). Una vez más, el presidente discute sólo con los criterios particulares, no con la lógica de la excelencia ni con el ránking que ésta permite. Y cuando los autores del artículo señalan que «el debate arroja luz sobre un profundo malestar con respecto a la rendición de cuentas» no se refieren a una crítica a la lógica de la contabilidad. Lejos de eso. Cualquier cuestionamiento de dichos indicadores de desempeño es considerado como una resistencia a la rendición pública de cuentas, un rechazo a ser interrogado según la lógica del capitalismo contemporáneo, que requiere «índices claros para establecer el desempeño universitario» (48).

Dada esta situación, es necesario cuestionar los criterios. Sin embargo hay que decir algo más general con respecto a la amplia conformidad de

las universidades con la lógica de la contabilidad. La Universidad y *Maclean's* parecen hablar el mismo lenguaje, por decirlo de alguna manera: el lenguaje de la excelencia. Pero esto de «hablar el mismo lenguaje» es un asunto espinoso en Canadá. Esta encuesta se realiza en un país que es bilingüe, donde las diferentes universidades hablan, literalmente, distintas lenguas. Y tras el hecho de que los criterios están altamente sesgados en favor de las instituciones anglófonas reside el supuesto fundamental de que hay un estándar único, un índice de excelencia, según el cual pueden ser juzgadas las universidades. Y es la excelencia lo que permite la combinación de rasgos completamente heterogéneos, como las finanzas y la composición del cuerpo estudiantil, en una sola escala. Un indicio de la flexibilidad de la excelencia es que permite la inclusión de la reputación como una categoría entre otras en un ránking que está hecho para definir la reputación. La metalepsis que hace posible que la reputación sea el 20% de sí misma es permitida por la intensa flexibilidad de la excelencia: posibilita que el error categorial se haga pasar por objetividad científica.

Sobre todo, la excelencia opera como la divisa de un campo cerrado. La encuesta permite la exclusión a priori de todos los asuntos referenciales, esto es, cualquier pregunta sobre lo que pueda

ser la excelencia en la Universidad, sobre lo que el término pueda significar. La excelencia es, y la encuesta es bastante explícita en este punto, un medio de clasificación comparativa entre elementos de un sistema enteramente cerrado: «A las universidades, en tanto, la encuesta les da la oportunidad de clarificar sus propias visiones –y medirse contra sus pares» (40). La excelencia es claramente una unidad de valor puramente interna que efectivamente pone entre paréntesis todas las cuestiones de referencia o función, creando así un mercado interno. De aquí en adelante, la pregunta por la Universidad es sólo la pregunta por la relación entre calidad y precio, pregunta a la que se enfrenta un estudiante plenamente situado como consumidor y no como alguien que quiere pensar (regresaré más adelante al asunto de lo que significa *pensar*).

La imagen de estudiantes hojeando catálogos, con todo el mundo a su disposición, es una imagen notablemente difundida que ha generado pocos comentarios. Aunque no quisiera dar a entender que los estudiantes no debieran tener la opción de escoger, pienso que vale la pena reflexionar sobre lo que supone esta imagen. Lo más obvio es que supone la capacidad de pagar. El asunto del acceso a la educación terciaria es puesto entre paréntesis. La educación terciaria es percibida simplemente

como otro bien durable, de modo que la capacidad de acceder a ella o la relación calidad-precio se vuelven unas categorías entre otras que influyen la opción individual. Pensemos en las reseñas de usuarios sobre qué auto comprar. El precio es un factor entre otros, y el efecto de la integración de categorías heterogéneas de clasificación en un único *cociente de excelencia* se hace obvio. Escoger una determinada universidad y no otra se presenta como algo que no difiere mucho de la evaluación de los costos y los beneficios de un Honda Civic contra los de un Lincoln Continental en un año o periodo dado.

En su edición del 3 de octubre de 1994, el *U.S. News and World Report* incluso aprovecha esta comparación potencial entre la industria automotriz y la Universidad¹⁰. Un artículo derechamente titulado «Cómo pagar la universidad» es seguido por una serie de cuadros que evalúan las «escuelas más eficientes» y las «mejores ofertas»,

10 «News You Can Use», *U.S. News and World Report* 117.13, 3 de octubre, 1994. Páginas 70 a 91. El *U.S. News and World Report* no ha limitado su enfoque a la educación de pregrado, como pareciera sugerir esta edición en particular. Antes, ese mismo año, publicó una edición especial dedicada enteramente a «Las Mejores Escuelas de Posgrado de Estados Unidos». Que dicha edición haya sido patrocinada por una compañía de autos —específicamente un auto, el Neon de Plymouth y Dodge— es una ironía que no hay que perder de vista aquí.

comparando «precios de etiqueta» (aranceles promocionados) y «aranceles de descuento» (el arancel efectivo una vez que se contabilizan las becas y subsidios). Se les recuerda a los estudiantes y padres consumidores que, igual que cuando compran un auto, especialmente en los años en que la industria automotriz estadounidense lucha por conseguir clientes, el primer precio que ven no es el que se espera que paguen. El *U.S. News and World Report* informa a sus lectores que hay descuentos ocultos similares en la educación universitaria, y que los consumidores sabios –que ahora ocupan toda la gama de niveles de ingreso (la lógica del consumismo ya no influye sólo a los «menos afortunados»)– debieran poner atención a la relación entre calidad y precio. La eficiencia del combustible, sea calculada en kilómetros por litro o en gasto por estudiante, es una preocupación creciente cuando se trata de medir la excelencia¹¹.

11 Que el vínculo entre consumismo y retórica de la excelencia apunta a una vasta audiencia es ciertamente un hecho con que estas revistas cuentan, no sólo para vender copias individuales de una edición, sino también para hacer que los lectores vuelvan por más información y más revistas en el futuro. Es bastante interesante notar que los índices de excelencia y de calidad-precio en las universidades parecen cambiar año a año, a diferencia de los índices de la industria automotriz. Para estar al día con estos cambios, los consumidores sabios deben comprar cada año el *U.S. News and World Report* o *Maclean's* si quieren recibir la información lo más actualizada

Pese a lo mucho que esta perspectiva pueda asustarnos, o por más que algunos de nosotros pensemos que podemos resistirnos a la lógica del consumismo cuando se trata de la educación terciaria, todos parecen estar a favor de la excelencia¹². Opera no sólo como el estándar de la

posible. Por ejemplo, aunque McGill alcanzó el primer lugar en la categoría «Médico/Doctoral» en *Maclean's* el año 1993, ya en 1994 había descendido hasta una menos impresionante tercera posición general (*Maclean's* 107.46, 14 de noviembre de 1994). Asimismo, el lector que quiera estar completamente informado sobre los criterios del *U.S. News and World Report* usados para estimar las universidades «Más eficientes» y de «Mejor oferta» debiera también comprar la edición anterior de la revista porque, como se nos dice en el artículo que acompaña a los cuadros, «Sólo las escuelas que quedaron en la mitad superior de nuestros rankings de universidades nacionales y escuelas nacionales de artes liberales, *publicados la semana pasada*, fueron consideradas como potenciales mejores ofertas» (3 de octubre de 1993, página 75. *Cursivas mías*). Presumiblemente, estar plenamente informado requiere al menos dos ediciones del *U.S. News and World Report*.

12 Obviamente no todas las universidades reciben con agrado la idea de que se parecen a la venta de autos. Así lo señala Edwin Below, director de ayuda financiera en la Wesleyan University: «Es mucho más probable que vea si pasamos algo por alto [en la oferta de ayuda financiera] cuando las familias son honestas acerca de sus problemas financieros que cuando tratan el proceso como si fueran a comprar un auto usado» (citado en el *U.S. News and World Report*, 3 de octubre de 1994, p. 72). Sin embargo, no todos los funcionarios de la Universidad parecen preocuparse por las similitudes, aun

evaluación externa, sino también como la unidad de valor en cuyos términos la Universidad se describe a sí misma, en cuyos términos la Universidad alcanza la autoconciencia que supuestamente es garantía de autonomía intelectual en la modernidad. Dado esto, ¿quién podría estar contra la excelencia? Así, por ejemplo, la Facultad de Estudios de Posgrados de la Université de Montréal se describe de la siguiente manera:

Creada en 1972, a la Facultad de Estudios de Posgrado [Faculté des études supérieures] se le ha confiado la misión de mantener y promover estándares de excelencia en el nivel de los estudios de magíster y de doctorado; de coordinar la enseñanza y estandarización [*normalisation*] de programas de posgrado; de estimular el desarrollo y la coordinación de la investigación en asociación con los departamentos de investigación de la universidad; de favorecer la

cuando no están dispuestos a hacer el paralelo. De acuerdo a la misma edición del *U.S. News and World Report*, «un creciente número de escuelas, como la Carnegie Mellon University en Pittsburgh, están haciéndole saber a las familias que allí se aceptan peticiones [de ayuda financiera]. En cartas enviadas esta primavera a todos los futuros estudiantes a los que se les ofreció ayuda, el mensaje de la universidad fue claro: «Envíanos una copia de tus otras ofertas –queremos ser competitivos»» (72).

creación de programas interdisciplinarios y multidisciplinarios¹³.

Notemos aquí la intersección de la excelencia con la «integración y estandarización» y el recurso a lo «interdisciplinario». El término francés «normalisation» permite captar con fuerza lo que está en juego en la «estandarización» —especialmente a aquellos familiarizados con la obra de Michel Foucault. ¿Es sorprendente que las corporaciones se parezcan a las universidades, a los centros de atención médica, y a las organizaciones internacionales, que se parecen todas a las corporaciones? *Vigilar y castigar*, de Foucault, explora la reorganización en el siglo XVIII y XIX de los mecanismos de poder estatal, especialmente del sistema judicial, en torno a la vigilancia y la normalización de delincuentes, en lugar de su punición ejemplar mediante la tortura y la ejecución.

13 Folleto publicitario publicado por la Direction des Communications de la Université de Montréal el 1 de octubre de 1992, traducción mía. El original dice así: «Créée en 1972, la Faculté des études supérieures a pour mission de maintenir et de promouvoir des standards d'excellence au niveau des études de maîtrise et de doctorat; de coordonner l'enseignement et la normalisation des programmes d'études supérieures; de stimuler le développement et la coordination de la recherche en liaison avec les unités de recherche de l'Université; de favoriser la création de programmes interdisciplinaires ou multidisciplinaires».

Los criminales son tratados en vez de destruidos, pero esta aparente liberalización es también un modo de dominación más terrible en la medida que no deja espacio alguno para la transgresión. El crimen ya no es más un acto de libertad, un resto que la sociedad no puede manejar y debe expulsar. Ocurre más bien que el crimen viene a ser considerado como una desviación patológica respecto de las normas sociales que debe curarse. El capítulo de Foucault sobre el «Panoptismo» termina con estas resonantes preguntas retóricas:

El sometimiento a «observación» prolonga naturalmente una justicia invadida por los métodos disciplinarios y los procedimientos de examen. ¿Puede extrañar que la prisión celular con sus cronologías ritmadas, su trabajo obligatorio, sus instancias de vigilancia y de notación, con sus maestros de normalidad, que relevan y multiplican las funciones del juez, se haya convertido en el instrumento moderno de la penalidad? ¿Puede extrañar que la prisión se asemeje a las fábricas, a las escuelas, a los cuarteles, a los hospitales, todos los cuales se asemejan a las prisiones?¹⁴

14 Michel Foucault. *Discipline and Punish*. Traducción de Alan Sheridan. New York: Vintage, 1979; *Vigilar y castigar*. Traducción de Aurelio Garzón. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

La noción de excelencia, que opera menos para permitir la observación visual que para posibilitar la contabilidad exhaustiva, cumple la función de hacer ingresar a la Universidad en una red similar de instituciones burocráticas. Es decir que la «excelencia» tiene la función de permitir que la Universidad se entienda a sí misma exclusivamente en términos de estructura de administración corporativa. Por ello, como mencioné brevemente en el capítulo 1 [del libro al que pertenece este artículo], al escribir para la UNESCO el informe «La Universidad como una institución hoy», Alfonso Borrero Cabal construye deliberadamente su visión de la Universidad en términos de administración: «La primera parte –la introducción– se ocupa de la administración en términos de organización institucional interna y la idea externa o proyectiva de servicio [...]. La segunda parte se enfoca en el primer significado de administración: la organización y funcionamiento interno de la Universidad [...]. La tercera parte aborda el sentido externo de la administración, el del servicio a la sociedad»¹⁵. Esta perspectiva principalmente administrativa es ubicada de modo explícito como resultado del afán de la Universidad por «convertirse en parte de la

15 Alfonso Borrero Cabal. *The University as an Institution Today*. Paris y Ottawa: UNESCO y IDRC, 1993.

escena internacional» (19). La globalización exige que «se le dé mayor atención a la administración» para permitir que se integre de mejor manera el mercado del conocimiento, que Borrero Cabal ubica en directa relación con la necesidad del «desarrollo». Con el fin de la Guerra Fría, como señala Marco Antonio Rodrigues Días en su prefacio a este informe, «el problema central en el mundo es el «subdesarrollo»» (xv). En realidad esto significa que el lenguaje en que se deben dar las discusiones globales no es el del conflicto cultural, sino el de la gestión económica. Y es el lenguaje de la gestión económica lo que da forma al análisis de Borrero Cabal sobre la Universidad en todo el mundo. Así es como sostiene, por ejemplo: «Planificación, ejecución, evaluación: las acciones naturales de personas e instituciones responsables conforman las tres importantes etapas que completan el ciclo del proceso administrativo. En orden lógico, la planificación precede a la ejecución y a la evaluación, pero toda planificación debe comenzar con una evaluación» (192).

La idea de que los procesos secuenciales de la gestión empresarial son las «acciones naturales» de «personas responsables» puede parecer sorprendente para algunos de nosotros. ¿Qué tipo de *responsabilidad* es esta? Claramente no es la de un padre ante un hijo, por ejemplo. La única

responsabilidad en juego aquí es la responsabilidad de proporcionar informes administrativos para grandes corporaciones, algo que se vuelve claro cuando Borrero Cabal comienza a desarrollar lo que quiere decir con planificación: «Ya que la «planificación estratégica» [...] la «administración por objetivos» [...] y los sistemas de «calidad total» son debatidos con frecuencia, es natural adoptar estos medios de planificación que son tan antiguos como la humanidad aun cuando no fueran formalizados hasta finales del siglo XVIII» (197).

Una vez más, se invoca lo «natural». Borrero Cabal cita una serie de autoridades con el fin de sugerir que los antiguos cazadores-recolectores estaban, en efecto, involucrados en una reflexión sobre la gestión de calidad total, un argumento que nos recuerda una de las sutiles burlas que Marx deja caer sobre Ricardo:

Tampoco en Ricardo falta la consabida estampa robinsoniana. Al pescador y al cazador primitivos nos los describe inmediatamente cambiando su pescado y su caza como poseedores de mercancías, con arreglo a la proporción del tiempo de trabajo materializado en estos valores de cambio. E incurre en el anacronismo de presentar a su cazador y pescador primitivos calculando el valor de sus

instrumentos de trabajo sobre las tablas de anualidades que solían utilizarse en 1817 en la Bolsa de Londres¹⁶.

El recurso de Borrero Cabal al anacronismo es, por supuesto, producto de un deseo de hacer que la autoridad exclusiva de la gestión empresarial no parezca discontinua con el rol previo de la Universidad. Aunque sí admite que los criterios económicos y el desarrollo cultural están enfrentados, simplemente señala este hecho y luego sigue entregando esquemas para la gestión de la administración universitaria análogos a los de la gestión de una gran corporación. Así pues, admite que ha omitido «el ingrediente sumamente esencial de la cultura» en su análisis de la relación entre «la universidad y el mundo del trabajo». Y agrega: «por consiguiente, a menudo se percibe que los criterios económicos tienen prioridad por sobre el desarrollo cultural de los pueblos y las naciones. Esto reduce el trabajo profesional a metas cuantitativas: la profesión no es concebida como «la elevación cultural y moral de los pueblos y las naciones» (García Corrido, 1992), sino que se reduce a eso que es

16 Karl Marx. *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. 1. Traducción de Ben Fowkes. Harmondsworth: Penguin, 1976; *El Capital. Crítica de la economía política*, vol. 1. Traducción de Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.

necesario aunque no suficiente; esto es, producción tangible e ingreso per cápita» (161).

Luego de haber admitido el conflicto entre una racionalidad estrictamente económica y la misión cultural tradicional, Borrero Cabal presenta una descripción estrictamente económica del funcionamiento de la Universidad en términos de costo y beneficio. Aunque señala ocasionalmente que no debiéramos olvidarnos de la cultura, no parece muy seguro acerca del lugar que ésta habría de ocupar. Por ello, y no es algo que sorprenda, se siente más a gusto con la invocación a la excelencia. Cita con aprobación al Director General de la UNESCO: «Federico Mayor (1991) presenta los siguientes términos de calificación: es imposible garantizar la calidad de la educación sin tener el objetivo de la excelencia apoyado sobre el dominio de la investigación, la enseñanza, la preparación y el aprendizaje... La búsqueda de la excelencia reafirma su pertinencia y la vincula estrechamente con la calidad» (212). El objetivo de la excelencia sirve para sintetizar la investigación, la enseñanza, la preparación y el aprendizaje, todas las actividades de la Universidad si agregamos la administración (y una de las pocas recomendaciones concretas de Borrero Cabal es que la administración universitaria debiera ser un programa de estudios). Lo destacable es cómo Borrero Cabal puede, para comprender lo que

sea la «calidad institucional» en la Universidad, sugerir que estos son «términos de calificación». Se invoca aquí la excelencia, como siempre, para decir precisamente nada: desvía la atención de las preguntas acerca de lo que podrían ser la calidad y la pertinencia, acerca de quiénes son en realidad los jueces de una universidad buena o relevante, y por qué autoridad se han convertido en jueces de esto.

Lo que Borrero Cabal sugiere para la Universidad es un proceso de autoevaluación constante, en relación a «indicadores de desempeño», que nos permiten juzgar «la calidad, la excelencia, la efectividad y la pertinencia» (212). Reconoce que todos estos términos están «tomados de la jerga económica» (213) y que permiten que la autoevaluación de la Universidad sea un asunto de contabilidad, tanto interna como externa. Para Borrero Cabal la rendición de cuentas es estrictamente un asunto de contabilidad: «en síntesis, si el concepto de rendición de cuentas es aceptado como parte del léxico académico, es equivalente a la capacidad que tiene la Universidad de rendirse cuentas de sus roles, su misión y sus funciones, y rendir cuentas a la sociedad de la manera en que se traducen en un servicio eficiente» (213). Hay que observar el uso de la *traducción* en este pasaje; aunque la «contabilidad» pueda exceder al hecho de llevar las cuentas, en el sentido de que

no es sólo un asunto de dinero, es el principio del costo y el beneficio el que actúa como principio de traducción. El análisis de costo y beneficio le da forma no sólo a la contabilidad interna de la Universidad, sino también a su desempeño académico (en términos de consecución de metas) y al lazo social con la Universidad en general. La responsabilidad social de la Universidad, su rendición de cuentas ante la sociedad, es únicamente un asunto de servicios prestados a cambio de una tarifa. La rendición de cuentas es sinónimo de contabilidad, según el *léxico académico*.

En este contexto, la excelencia responde muy bien a las necesidades de producción y procesamiento de información del capitalismo tecnológico, en el sentido de que hace posible una creciente integración de todas las actividades en un mercado generalizado, permitiendo a la vez un mayor grado de flexibilidad e innovación a nivel local. La excelencia es el principio integrador que posibilita que la *diversidad* (la otra consigna del prospecto de la Universidad) sea tolerada sin amenazar la unidad del sistema.

El punto no es que nadie sepa lo que es la excelencia, sino que todo el mundo tiene su propia idea de lo que es. Y una vez que la excelencia ha sido aceptada de manera generalizada como principio organizador, no hay necesidad de discutir sobre

las definiciones divergentes. Todo el mundo es excelente a su manera, y todo el mundo está más interesado en que lo dejen ser excelente que en intervenir en el proceso administrativo. Aquí hay un claro paralelo con la condición del sujeto político bajo el capitalismo contemporáneo. La excelencia marca una sola frontera: la frontera que protege al irrestricto poder de la burocracia. Y si el tipo de excelencia de un departamento en particular no se ajusta, entonces ese departamento puede ser eliminado sin riesgo aparente para el sistema. Este ha sido, por ejemplo, el destino de muchos departamentos de estudios y lenguas clásicas. Está comenzando a ocurrir en filosofía.

Las razones de la decadencia de los departamentos de estudios y lenguas clásicas son, por supuesto, complejas, pero me parece que tienen que ver con el hecho de que el estudio de los clásicos presupone tradicionalmente un sujeto de cultura: el sujeto que hace el vínculo entre los Griegos y la Alemania del siglo XIX, y que legitima el Estado Nación como la reconstrucción moderna, racional, de la transparente comunidad comunicacional de la antigua polis. Aquella ficción de transparencia comunicacional es evidente a partir de las suposiciones erróneas de los historiadores decimonónicos (todavía evidente en representaciones de la cultura de masas) de que la antigua Grecia era un mundo de blancura

total (gentes, estatuas y edificios de mármol deslumbrantes), un origen transparente y puro. Que el rol ideológico de este sujeto ya no sea pertinente es por sí mismo un síntoma primario de la decadencia de la cultura como idea reguladora del Estado Nación. Por ello los textos clásicos seguirán siendo leídos, pero los supuestos que requerían un Departamento de Clásicos para este propósito (la necesidad de probar que Pericles y Bismarck eran del mismo tipo de hombres) ya no se sostienen, y por lo tanto ya no hay necesidad de dar empleo a un tremendo aparato institucional designado para convertir a los Griegos antiguos en Etonios ideales o en Jóvenes Americanos *avant la lettre*¹⁷.

17 Así, los textos antiguos pueden leerse hoy en día de formas considerablemente más extrañas, formas que reconocen la discontinuidad histórica sin recuperarla inmediatamente en términos de una Caída Narrativa como «la gloria que hemos perdido». Uno de los ejemplos más chocantes de esto es el reconocimiento contemporáneo por parte de pensadores como Lyotard de que la noción de Aristóteles de «dorado punto medio» y de *phronesis* no tienen nada que ver con los supuestos del centrismo democrático –produciendo así una descripción mucho más políticamente radical de la demanda de Aristóteles del juicio prudente caso a caso. El punto de Aristóteles en la *Ética nicomaquea* es que el punto medio se resiste al individuo y que ninguna regla de cálculo permitirá al juez arribar a él, ya que lo que constituye un comportamiento prudente difiere radicalmente caso a caso. He hablado sobre las implicancias políticas de esta *prudencia revolucionaria* en «PseudoEthica Epidemica: How Pagans Talk to the Gods», *Philosophy Today* 36. 4. Invierno de 1992.

Este cambio disciplinario es más evidente en los Estados Unidos, donde la Universidad siempre ha tenido una relación ambigua con el Estado. Esto es porque la sociedad civil norteamericana está estructurada por el tropo de la promesa o del contrato y no sobre la base de una etnicidad nacional única. Por eso mientras el proyecto universitario de Fichte, como veremos, se ofrece a realizar la esencia de un Volk al revelar su naturaleza oculta en la forma del Estado Nación, la Universidad Norteamericana se ofrece a cumplir la promesa de una sociedad civil racional –como en la visionaria conclusión del discurso de T. H. Huxley en la inauguración de la John Hopkins University. Vale la pena citar largamente la extendida oposición entre pasado y futuro, entre esencia y promesa que caracteriza la descripción de Huxley de la especificidad de la sociedad norteamericana y su Universidad para ver exactamente cómo puede hablar de Norteamérica como una promesa aún incumplida en el centenario de su Declaración de Independencia:

Constantemente oigo a los norteamericanos hablar del encanto que nuestra antigua madre patria tiene para ellos [...] Pero la anticipación no tiene menos encanto que la retrospectiva, y para un inglés que arriba a vuestras costas por primera vez, viajando cientos de millas a través

de una serie de grandiosas y ordenadas ciudades, viendo vuestro enorme presente y su potencial casi infinito, la riqueza de todo tipo de bienes así como la energía y la habilidad que hacen de la riqueza algo ventajoso, hay algo sublime en la perspectiva de futuro. No crean que estoy apelando de manera complaciente a lo que se entiende comúnmente como orgullo nacional... El tamaño no es la grandeza, y no es el territorio lo que constituye a una nación. Hay una gran pregunta que sostiene la verdadera sublimidad y el terror de un destino sobresaliente: ¿qué es lo que van a hacer con todas estas cosas? ¿Cuál será el fin del que ellas serán el medio? ¿Están realizando un experimento nuevo en política a la escala más grande que el mundo haya visto hasta ahora?¹⁸

Huxley mismo, como rector de Aberdeen, jugó un rol importante en el desarrollo de la Universidad Escocesa a finales del siglo XIX, cuya independencia del modelo Oxbridge estuvo marcada por una apertura a las ciencias naturales y a la medicina como disciplinas, y por el hecho de que no estaba

18 «1876 Address on University Education (Delivered at the opening of the Johns Hopkins University, Baltimore)», en T.H. Huxley. *Science and Education*, volumen 3 de sus *Collected Essays*. Londres: Macmillan, 1902.

controlada por la iglesia anglicana. Estos dos rasgos hacen que la Universidad Escocesa sea más claramente «moderna», es decir, más cercana al modelo norteamericano¹⁹. Y el discurso de Huxley recoge el rasgo crucial que define la modernidad de John Hopkins: el hecho de que los Estados Unidos como nación no tienen un contenido cultural intrínseco. Es decir, Huxley entiende la idea nacional norteamericana como una promesa, un experimento científico. Y el rol de la Universidad Norteamericana no es sacar a la luz el contenido de su cultura, realizar un sentido nacional; es más bien cumplir una promesa nacional, un contrato²⁰. Como

19 Como señala Giner de los Ríos, la Universidad Escocesa comparte con la norteamericana una gran influencia de la Universidad Alemana de investigación: «El tipo británico es visto en su forma pura en Oxford y Cambridge, o modificada hacia el tipo alemán o latino en Escocia o Irlanda, en nuevas universidades, y en los Estados Unidos». *La universidad española: obras completas de Francisco Giner de los Ríos*, vol. 2. Madrid: Universidad de Madrid, 1916, 108; citado por Borrero Cabal, *The University as an Institution Today*.

20 Ronald Judy, en la corta historia de la Universidad Norteamericana que presenta como prefacio de su *(Dis)Forming the American Canon: African-Arab Slave Narratives and the Vernacular* también ubica la fundación de la John Hopkins como un punto de quiebre crucial que define la especificidad de la Universidad Norteamericana: «Estos movimientos hacia la profesionalización académica y el conocimiento instrumental alcanzaron su culminación con la incorporación de la John Hopkins University en 1870, o más precisamente con la designación de Daniel Coit Gilman como su presidente en 1876. Gilman hizo de la

explicaré más adelante, esta estructura promisoría es lo que hace que el debate sobre el canon sea un fenómeno particularmente norteamericano, ya que el establecimiento del contenido cultural no es la realización de una esencia cultural inmanente, sino un acto de voluntad republicana: la paradójica elección contractual de una tradición. De este modo

John Hopkins un modelo de institución de investigación en la que las ciencias humanas y físicas (*Naturwissenschaften*) florecieron como metodologías disciplinadas» (15). La exposición de Judy difiere levemente de la mía en que asocia a la fundación de la John Hopkins la misma ideología burocrática de la especificidad metodológica que socava la posibilidad de una cultura general —el desplazamiento de la cultura por el conocimiento administrado burocráticamente que situó como rasgo distintivo de la Universidad contemporánea de la Excelencia. Por ello afirma que la especificidad disciplinaria de humanidades surge al final del siglo XIX, «precisamente en el momento en que ya no se requería que las humanidades respondieran a las demandas de relevancia», haciendo mención a la creación del primer Grado de Inglés, instituido por David S. Jordan en la Indiana University en 1885 (16). Judy lo llama «profesionalización de las ciencias humanas» y lo vincula con el desarrollo de una predominante «cultura de la burocracia» que une las ciencias humanas y las naturales bajo una rúbrica general de profesionalización (17). Judy cuenta así una historia bastante comparable a la mía sobre el reemplazo de la idea general de cultura por una burocracia generalizada, excepto que él lo sitúa en la segunda mitad del siglo XIX y no en la última parte del XX. Este desacuerdo es, creo, menos histórico que cartográfico. Me importa introducir un paso transicional en el pasaje desde la Universidad Alemana moderna de la cultura nacional a la Universidad burocrática de la Excelencia, que ponga a la Universidad Norteamericana como la Universidad de una cultura nacional sin contenido.

la forma de la idea europea de cultura se preserva en las humanidades de los Estados Unidos, pero la forma cultural no tiene un contenido inherente. El contenido del canon se basa en el momento de un contrato social más que en la continuidad de una tradición histórica, y por lo tanto está siempre abierto a revisión.

Esta visión contractual de la sociedad es lo que le permite a Harvard ofrecerse «al servicio de la nación» o a la Universidad de Nueva York denominarse a sí misma como una «universidad privada al servicio público». Lo que este servicio pueda significar no está determinado precisamente por un centro cultural unitario. La idea nacional será siempre una abstracción en Norteamérica, basada más en la promesa que en la tradición. Por ello es que la excelencia puede ganar terreno más fácilmente en los Estados Unidos; está más abierta a la futuridad de la promesa que la *cultura*, y la cuestión del contenido cultural ya fue puesta entre paréntesis en la Universidad Norteamericana a finales del siglo XIX, como señala Ronald Judy. Por esto, el advenimiento contemporáneo de la excelencia puede ser comprendido como la representación del abandono del origen formal de la cultura como modo de autorrealizarse por parte de un pueblo republicano compuesto por ciudadanos de un Estado Nación –la abdicación del rol de la Universidad como modelo

incluso del vínculo social contractual, a favor de una estructura de corporación burocrática autónoma.

En el mismo sentido, uno puede entender el argumento que ya he planteado con respecto al estatus de la *globalización* como un tipo de *norteamericanización*. La *norteamericanización* global de hoy (a diferencia del período de la Guerra Fría, de las guerras de Corea y de Vietnam) no significa predominio nacional norteamericano, sino un descubrimiento global de la falta de contenido que hay en la idea nacional norteamericana, la cual comparte la vacuidad de sus relaciones de transacción monetaria y de excelencia. A pesar de la enorme energía invertida en intentos por aislar y definir una *norteamericanidad* en los programas de Estudios Americanos, uno podría leer estos esfuerzos nada más que como intentos de enmascarar la ansiedad fundamental que produce el hecho de que en cierto sentido ser estadounidense no significa nada, que la *cultura norteamericana* se convierte cada vez más en un oxímoron estructural. Me parece significativo en esta tendencia el hecho de que una institución tan prestigiosa y central en lo que respecta a la idea de cultura norteamericana como la Universidad de Pennsylvania haya decidido recientemente eliminar su programa de Estudios Americanos. En una nación que se define por una cierta desconfianza hacia la intervención estatal

en la vida simbólica, tal como se expresa en la separación de las iglesias y el Estado, no debiera sorprender mucho que sus universidades hayan sido las más veloces en abandonar las trampas implicadas en la justificación por referencia a la cultura nacional.

Sin embargo, los Estados Unidos no están para nada solos en este movimiento. El giro británico hacia los *indicadores de desempeño* debiera entenderse también como un paso más rumbo al discurso de la excelencia que está reemplazando el recurso a la cultura en la Universidad Norteamericana²¹. El indicador de desempeño es, claro, un índice de excelencia, un estándar inventado que reclama la capacidad de clasificar todos los departamentos de todas las universidades británicas según una escala de cinco puntos. Este *rating* puede luego ser utilizado para determinar el monto del financiamiento destinado por el gobierno central para ese departamento en cuestión. Ya que este proceso está diseñado para introducir un mercado competitivo en el mundo académico, al éxito le sigue la inversión, y entonces el gobierno interviene para acentuar las diferencias percibidas en la calidad más que para reducirlas. Así es como se le entrega

21 Para un relato del debate sobre los indicadores de desempeño véase Michael Peters, «Performance and Accountability in “Post-Industrial Society”: The Crisis of British Universities», en *Studies in Higher Education* 17. 2. 1992.

más dinero a los departamentos universitarios con mayor puntuación, mientras que los más pobres, en vez de ser desarrollados, son privados de dinero –obviamente bajo el régimen de Thatcher esto se entendía como un estímulo para que esos departamentos se levantaran tirando de los cordones de sus propios zapatos. Esta tendencia a largo plazo va a permitir la concentración de recursos en centros de alto desempeño y alentar la desaparición de departamentos, e incluso universidades, que son percibidas como *más débiles*.

Así, por ejemplo, la Universidad de Oxford ha llegado a concebir la construcción de un Centro de Investigación en Humanidades, a pesar de la tradicional desconfianza local con respecto a la noción misma de proyecto de investigación como algo que sólo los alemanes y los norteamericanos podrían pensar en aplicar a las humanidades. Se supone que Benjamin Jowett, el reformista de Oxford, señaló con respecto a la investigación: «no habrá nada de eso en mi universidad». Estos cambios son aplaudidos por los conservadores como una *exposición a las fuerzas del mercado*, mientras en realidad ocurre que se crea muy artificialmente un mercado ficcional que presume un control exclusivamente gubernamental del financiamiento. Sin embargo, la propia artificialidad del proceso por el cual se imita una versión del mercado capitalista

pone de manifiesto la necesidad preliminar de un mecanismo de contabilidad unificado y virtual. Esto se complementa con la introducción estructural de la amenaza de crisis en el funcionamiento de la institución. Y su resultado es nada menos que la doble lógica de la excelencia obrando en su mejor momento.

En efecto, una crisis en la Universidad parece ser uno de los rasgos distintivos de *Occidente*, tal como se evidencia en el movimiento de estudiantes italianos en 1993 o en los repetidos intentos franceses de *modernización*. Es cierto que el plan Faure para la modernización de la Universidad produjo los eventos de 1968 en Francia. Sin embargo estos intentos de modernización han continuado, y los argumentos presentados recientemente por Claude Allègre en *L'Age des Savoirs: Pour une Renaissance de l'Université* muestran una consonancia impresionante con los desarrollos en los Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña que he referido. Allègre fue el consejero especial de Lionel Jospin en el Ministerio de Educación desde 1988 a 1992, y su libro es básicamente una exposición de los razonamientos que guiaron su reformas a la Universidad Francesa, percibida como un lugar de estancamiento y resistencia al cambio (un argumento con el que pocos podrían estar en desacuerdo). De manera interesante, Allègre sostiene que este impulso

a la reforma es «sobre todo, un resurgimiento de las aspiraciones del 68... Pero un resurgimiento discreto y calmo»²². Nunca se especifica de quién son esas aspiraciones a las que se refiere, pero resulta que 1968 significaba, sobre todas las cosas, apertura. Y las dos características de esta nueva apertura son –el lector estará poco sorprendido de saberlo– la integración y la excelencia:

Intentamos desarrollar [reformas] abriendo una Universidad que estaba plegada en sí misma y acercándola a la ciudad.

Abriendo la Universidad a la ciudad: ésta es su adaptación a las necesidades profesionales.

Abriendo la Universidad a los saberes: ésta es la iniciativa para renovar la investigación y otorgar reconocimiento a la *excelencia*.

Integración de la Universidad a su ciudad: esta es la Universidad 2000 en el corazón de la planificación urbana, es la política de asociación con grupos locales.

Integración de la Universidad Francesa en un conjunto europeo: este es el sentido de la evaluación europea²³.

22 Claude Allègre. *L'âge des savoirs: pour une renaissance de l'Université*. Paris: Gallimard, 1993. La traducción es mía.

23 *Ibíd.* Las cursivas son mías.

La política interna de la Universidad en Francia va a ser resuelta recurriendo a la excelencia, que sirve como el término que reagrupa e integra todas las actividades relativas al conocimiento. Esto, a su vez, permite la integración más amplia de la Universidad como una burocracia corporativa entre otras, tanto en dirección a la ciudad como en dirección a la Comunidad Europea. La ciudad ya no son las *calles*, ni siquiera una imagen de la vida cívica (la ciudad-estado del Renacimiento que el título de Allègre podría hacernos esperar). Más bien es un aglomerado de corporaciones capitalistas profesional-burocráticas cuyas necesidades se centran en torno al abastecimiento de una clase técnico-administrativa. La ciudad le da a la Universidad su forma comercial de expresión. Y la Comunidad Europea suplanta al Estado Nación como la entidad que proporciona a la Universidad su forma política de expresión, una expresión que está explícitamente vinculada al problema de cómo evaluar. La Universidad producirá excelencia en los saberes, y como tal se integrará sin dificultad a los circuitos del capital global y las políticas transnacionales. Esto ocurre porque no hay contenido cultural en la noción de excelencia, nada específicamente *francés*, por ejemplo, excepto en la medida que la *francesidad* sea una mercancía en el mercado global.

La excelencia expone las tradiciones premodernas de la Universidad a las fuerzas del capitalismo de mercado. Son eliminadas las barreras puestas al libre intercambio. Un ejemplo interesante de esto es la decisión del gobierno británico de permitir que los politécnicos puedan cambiar su nombre a universidades. El Oxford Polytechnic se convierte en la Brooks University, así sucesivamente. Esta clásica maniobra libremercadista garantiza que el único criterio de excelencia sea la performatividad en un mercado expandido. Sin embargo, sería un error pensar que esta es una movida ideológica por parte del gobierno conservador. La decisión no fue motivada primariamente por un interés en el contenido de lo que se enseña en las universidades o los politécnicos. Aun cuando pareciera que la tendencia de los politécnicos a formar lazos con las empresas –con el interés de incorporar entrenamiento práctico en los grados académicos– aviva la corriente de anti intelectualismo pequeñoburgués en el partido conservador británico, también es cierto que el trabajo de la Escuela de Estudios Culturales de Birmingham tuvo su mayor impacto en los politécnicos. Por esto la repentina redenominación de los politécnicos como universidades se comprende mejor como una movida administrativa: la ruptura de una barrera a la circulación y a la expansión mercantil, análoga a la derogación de leyes suntuarias que permitió la

capitalización del comercio textil en la Inglaterra de principios de la Modernidad.

Una de las formas de dicha expansión mercantil es el desarrollo de los programas interdisciplinarios, que a menudo aparecen como el punto en torno del cual los radicales y los conservadores pueden hacer causa común en la reforma universitaria. Esto ocurre en parte porque la interdisciplinariedad no tiene una orientación política inherente, como muestra el ejemplo de la Escuela de Chicago²⁴. También ocurre porque la mayor flexibilidad que estos programas ofrecen suele ser atractiva para los administradores como un modo de superar las prácticas atrincheradas de demarcación, los antiguos privilegios, y los feudos en la estructura de las universidades. Los beneficios de la apertura

²⁴ Esta afirmación podría sonar demasiado relativista. Por supuesto es cierto que, como asevera Julie Thompson Klein en *Interdisciplinarity* (Detroit: Wayne State University Press, 1990), «todas las actividades interdisciplinarias tienen su raíz en las ideas de unidad y síntesis, que evocan una epistemología común de convergencia» (11). Dicha idea podría ser apoyada por la derecha y la izquierda, quienes sólo discreparían con respecto a la ubicación del punto de convergencia. De hecho, la descripción de lo interdisciplinario que da Klein es un argumento convincente de una cierta sospecha hacia la convergencia armónica implícita en el trabajo interdisciplinario. Uno de mis objetivos principales en este libro es sugerir que al pensar sobre la Universidad debiéramos dejar de lado el privilegio automático de la unidad y la síntesis, sin convertir la disonancia y el conflicto, no obstante, en una meta negativa.

interdisciplinaria son numerosos –como trabajo en un departamento interdisciplinario, estoy particularmente consciente de ellos– pero no debieran cegarnos a los riesgos institucionales que implican. Actualmente, los programas interdisciplinarios tienden a complementar las disciplinas existentes; no está lejos el tiempo en el que se instalarán para reemplazar grupos enteros de disciplinas.

En efecto, esta es una razón para ser cuidadosos al considerar la pretensión institucional de interdiscipliniedad por la que apuestan los Estudios Culturales cuando reemplazan el viejo orden de disciplinas en las humanidades con un campo más general que combina la historia, la historia del arte, la literatura, los estudios de medios, la sociología, etcétera. Al decir esto, quiero sumarme al cuestionamiento que hace Rey Chow –desde un punto de vista favorable– de la aceptación incondicional tanto de la actividad interdisciplinaria como de los Estudios Culturales que ha sido bastante común entre radicales académicos²⁵. Podemos ser

25 Rey Chow, en «The Politics and Pedagogy of Asian Literatures in American Universities» (*differences* 2. 3, 1990) ha proporcionado algunos útiles recordatorios de cómo el giro hacia los Estudios Culturales en la enseñanza de la literatura asiática puede funcionar como una estrategia conservadora: «Cuando los investigadores son separados por departamentos simplemente porque están todos *trabajando* en *China*, *Japón* o *India* lo que ocurre en realidad es la afirmación de la así llamada *interdiscipliniedad* sobre el modelo del territorio

interdisciplinarios en nombre de la excelencia, porque la excelencia sólo preserva las fronteras disciplinarias preexistentes en la medida que ya no reclamen la totalidad del sistema y ya no signifiquen un obstáculo a su crecimiento e integración.

Para decirlo de otro modo, el recurso a la excelencia señala el hecho de que ya no hay una idea de la Universidad o, mejor dicho, el hecho de que la idea ha perdido todo contenido. En cuanto unidad no referencial de valor, completamente interna a un sistema, la excelencia no indica más que el momento autorreflexivo de la tecnología. Todo lo que requiere el sistema es que haya actividad, y la noción vacía de excelencia no refiere a otra cosa que la óptima proporción entre entradas y salidas en materia de información²⁶. Quizás este sea un rol mucho menos

colonial y el Estado Nación» (40). Chow argumenta de manera convincente que la consideración de la literatura asiática en términos de cultura general es un gesto marginador que ubica lo asiático «sólo en el lenguaje universalista de la *interdisciplinarietà*, la *pluralidad intercultural*, etcétera, en el cual se vuelve un ornamento localizado de la narrativa general» (36). Al igual que yo, Chow no está sencillamente desechando la interdisciplinarietà o los Estudios Culturales; lo que hace es dar un fuerte ejemplo de cómo la organización de las humanidades es parte de un proceso que ella llama, siguiendo a Edward Said, *informacionalización*.

26 Sobre la *informacionalización* del conocimiento cultural, véase Edward Said, «Opponents, Audiences, Constituencies and Community». *The Anti-Aesthetic: Essays on Postmodern*

heroico que el que estamos acostumbrados a reivindicar para la Universidad, aunque sí resuelve la cuestión del parasitismo. La Universidad ya no es una fuga parasitaria de recursos, no más de lo que la bolsa de comercio o las compañías de seguros son para la producción industrial. Al igual que la bolsa, la Universidad es un punto de autoconocimiento del capital, de la capacidad del capital no sólo de administrar el riesgo o la diversidad, sino también de extraer plusvalía de esa administración. En el caso de la Universidad, esta extracción se da como resultado de la especulación sobre diferenciales de información.

Este cambio en la función implica que el análisis de la Universidad como un Aparato Ideológico del Estado, en los términos de Althusser, ya no se aplica, en la medida que la Universidad ya no es en primer lugar un arma ideológica del Estado Nación, sino una corporación burocrática autónoma. Para tomar otro ejemplo, quizás uno menos ponderado, podemos hacer una comparación entre la Universidad y la Asociación Nacional de Básquetbol. Ambos son sistemas burocráticos que gobiernan un área de actividad cuyo funcionamiento sistémico y efectos externos no dependen de una referencia externa. El juego de básquetbol tiene sus reglas, y esas reglas

Culture, edición de Hal Foster. Port Townsend: Bay Press, 1983. También, Jean François Lyotard, «New Technologies» en *Political Writings*, traducción de Bill Readings y Kevin-Paul Geiman. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993.

permiten que surjan diferencias que son objetos de especulación. Mientras las victorias de los 76ers de Philadelphia tienen efectos sobre sus fans, y los fans tienen efectos sobre las victorias de los 76ers (como hinchas y como financistas), aquellas victorias o derrotas no están directamente relacionadas al significado esencial de la ciudad de Philadelphia. Los resultados tienen significado, pero se dan dentro del sistema del básquetbol y no en relación a un referente externo.

Para que la Universidad se convierta en un sistema como el recién descrito es necesario un gran cambio en la manera en que se ha entendido que produce significado institucional. Como mostraré, Schiller le dio a la Universidad de la Cultura el lugar de una cuasi iglesia apropiada para el Estado racional, al afirmar que la Universidad prestaría al Estado los mismos servicios que la Iglesia había prestado al monarca feudal o absolutista. Sin embargo, la Universidad contemporánea de la Excelencia debiera entenderse ahora como un sistema burocrático cuya regulación interna está interesada sólo en sí misma, sin consideración de imperativos ideológicos más amplios. Igualmente el mercado bursátil busca la máxima volatilidad, con el interés de intensificar las ganancias que acompañan al flujo del capital, más que una estabilidad de intercambio que pueda defender intereses estrictamente nacionales.

El corolario de esto es que debemos analizar la Universidad como un sistema burocrático más que como un aparato ideológico, que es el modo en que la izquierda la ha considerado tradicionalmente. Como sistema autónomo más que como instrumento ideológico, la Universidad ya no debiera pensarse como una herramienta que la izquierda puede usar para otros propósitos que los del Estado capitalista. Esto explica la facilidad con que los ex Alemanes Occidentales han colonizado las universidades de lo que fue alguna vez la República Democrática Alemana (RDA) desde la reunificación. Las universidades de la antigua RDA han sido purgadas de aquellos considerados *aparatchiks* políticos del régimen de Honecker. No han ocurrido, sin embargo, purgas similares en las universidades de la ex Bundesrepublik, pese a que no se suponía que la reunificación fuera una conquista del Este por parte del Oeste. Es decir, el problema no se presenta como un conflicto entre dos ideologías –que hubieran necesitado purgas en ambos lados–, sino como un conflicto entre el Este, donde la Universidad solía estar bajo control ideológico, y el Oeste, donde se suponía que la Universidad era no ideológica.

Por supuesto, las universidades occidentales tenían un enorme rol ideológico que cumplir durante la Guerra Fría, y hay mucho que decir sobre los casos particulares. Pero en general a uno le choca

el silencio y la velocidad de este reemplazo, y el hecho de que los contraargumentos que pudieron plantearse en favor del proyecto intelectual de la antigua Alemania Oriental simplemente ya no pueden ser escuchados. Esto, porque la caída del Muro significa que la Universidad ya no es en primer lugar una institución ideológica; también, que aquellos que son del Oeste están en una mejor posición para jugar los nuevos roles requeridos. Si los puestos de quienes fueron purgados han sido entregados en muchos casos a jóvenes académicos del antiguo Oeste, no es porque sean sobre todo agentes de una ideología competidora, sino por una cuestión de eficiencia burocrática. Los jóvenes de la ex Alemania Occidental no son necesariamente más inteligentes o más cultos que esos a quienes reemplazan; son simplemente *más limpios*, lo que significa que son menos fácilmente identificables como agentes de su Estado. Este es un síntoma primario de la decadencia del Estado Nación como contrasignatario del contrato por el cual fue fundada la Universidad moderna, la Universidad de la Cultura. Como ya he sugerido con mis indicaciones a la invocación que hace Allègre de la Comunidad Europea, la emergencia de la Universidad de la Excelencia en lugar de la Universidad de la Cultura sólo puede comprenderse desde el punto de vista de la decadencia del Estado Nación.

Puede que la exigencia de *manos limpias* en las universidades alemanas o en la política italiana sea presentada como un deseo de renovar el aparato estatal, pero pienso que se entiende mejor como producto de una incertidumbre general con respecto al rol del Estado: un llamado a *sacar las manos*. Un deseo como este –complejo y a menudo contradictorio– puede producir, como en Italia, alianzas tan paradójicas como la de los Fascistas Integracionistas (el MSI) con los separatistas (la Liga Norte). Es notable que esta alianza haya tenido lugar bajo el paraguas de la organización curiosamente transparente de Berlusconi, Forza Italia, cuyo nacionalismo es la evocación de un cántico del fútbol, y cuya pretensión de gobernar se basa en una dudosa afirmación de *éxito comercial*. Si puedo ofrecer un extraño diagnóstico de esta evidente paradoja, sería que la alianza se da entre aquellos que desean que la pregunta por la comunidad en Italia ya no sea planteada –ya sea porque el Duce podría regresar con una respuesta sobre lo que significa *ser italiano* e imponerla con violencia brutal (la Lega le dirá a la gente que «sea regional»)– o porque Berlusconi nos dará la confianza de que esa no es una pregunta, de que la respuesta es tan transparente y obvia como la bruma que emana del televisor o como la camiseta celeste usada por un futbolista. Berlusconi no ofrece un nacionalismo renovado –como podría llevarnos

a temer su alianza con el MSI—, sino una nostalgia nacionalista esterilizada, que oculta y suprime todas las preguntas sobre la naturaleza de la comunidad.

En lugar de la pregunta por la comunidad, que fue alguna vez planteada tanto a favor como en contra de los términos del nacionalismo, nos queda un nacionalismo general pero sin significado, que ignora las preguntas que se le hacen. Esto quiere decir que la cuestión nacional es aceptada simplemente como un problema de nostalgia generalizada, sea por los males del fascismo (Fini, el actual líder del MSI, ni en sus sueños es un Duce) o por los colores celestes de la Casa Real de Saboya. Y al gobierno debe irle bien en el asunto de conducir el Estado como una empresa.

La nación se entiende a sí misma como su propio parque temático, y esto resuelve la pregunta de lo que significa vivir en Italia: haber sido italiano alguna vez. Mientras tanto, el Estado es meramente una gran corporación que debe serle confiada a los empresarios, una corporación que facilita cada vez más la penetración del capital trasnacional. La estructura gubernamental del Estado Nación ya no es el centro organizador de la existencia común de los pueblos a lo largo del planeta, y la Universidad de la Excelencia no trabaja para nadie más que sí misma. Es otra corporación más en un mundo de capitales trasnacionalmente intercambiados.

DEMOCRACIA ELITISTA Y EDUCACIÓN

ALEJANDRA CASTILLO¹

Toda política implica una política estética, entendida como el conjunto de formas que organizan la representación y los modos propios de visibilidad de los que tienen *parte* en lo común. Habría que insistir, y en esto seguimos a Jacques Rancière, que esta política estética genera una arquitectónica de la mirada para hacer visibles, pero también invisibles, a sujetos, funciones y espacios². Si esto es así, cabría preguntarse cuál es la forma que ha tomado esta representación de lo común en Chile durante los últimos veinte años. Bien podría decirse que

1 Una versión preliminar de este artículo fue leída el 5 de julio de 2011 en el seminario «¿Por qué está en crisis la educación en Chile?», organizado por el Departamento de Filosofía de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación y la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

2 Jacques Rancière. *Le partage du sensible. Esthétique et politique*. Paris: La Fabrique éditions, 2000.

esta forma no es otra que la de una *democracia elitista*. En este punto me gustaría afirmar que a este encuadre elitista le es afín y complementario un sistema educacional altamente segmentado que no sólo genera desigualdad sino que la presupone.

Democracia elitista

Revisaré este primer encuadre: la democracia elitista. Es preciso señalar que la formalización de la teoría de la democracia elitista –con antecedentes en la teoría social de Weber y las teorías elitistas de la política de Mosca y Pareto– aparece en el libro *Capitalismo, socialismo y democracia* de Joseph Schumpeter, del año 1942. Sin preámbulos y desde las primeras páginas, Schumpeter enmarca la democracia en los signos y retóricas del mercado, describiéndola como un sistema de partidos políticos empresariales que brindan series surtidas y diferentes de mercaderías políticas, bienes de entre los cuales los votantes eligen por mayoría. Así se produce un gobierno estable, que equilibra la oferta y la demanda. Schumpeter aclara que «la democracia no significa y no puede significar que el pueblo gobierne realmente en cualquier sentido manifiesto de «pueblo» y «gobernar». Democracia significa que el pueblo tiene la oportunidad de

aceptar o rechazar a las personas que pueden gobernarle. Ahora bien, un aspecto de esto puede expresarse diciendo que *la democracia es el gobierno del político*»¹.

En este encuadre, la democracia anuda su significado a tres adjetivos: pluralista, elitista y equilibrada. Pluralista en la medida que funciona en una sociedad de sujetos con diversos intereses (consumidores y empresarios); elitista debido a que el papel principal en el proceso político es asignado a los grupos dirigentes que se escogen a sí mismos; equilibrada porque debe estar atenta a contrape-sar la oferta y la demanda de las mercaderías políticas².

Lejos de la retórica de los derechos y la igualdad con que habitualmente se asocia a la democracia, la democracia elitista es un mecanismo para elegir y autorizar gobiernos. ¿Quiénes participan? Las elites (grupos autoelegidos de políticos) organizadas en partidos políticos. Como señala David Held, la democracia elitista es «un arreglo institucional para llegar a decisiones políticas –legislativas y administrativas–, confiriendo a ciertos individuos

1 Joseph Schumpeter. *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Ediciones Folio, 1976. Páginas 284 a 285.

2 Lenguaje híbrido entre política y mercado de las democracias elitistas que en Chile puede ser revisado, por ejemplo, en un libro como el de Eugenio Tironi. *Radiografía de una derrota*. Santiago: Uqbar Editores, 2010.

el poder de decidir en todos los asuntos, como consecuencia de su éxito en la búsqueda del voto de las personas. [...] Lejos de ser una forma de vida caracterizada por la promesa de la igualdad y de las mejores condiciones para el desarrollo humano es, sencillamente, el derecho periódico a escoger y autorizar a un gobierno para que actúe en su nombre»³. La democracia, así entendida, busca en último término legitimar el resultado de las elecciones periódicas entre elites políticas rivales⁴.

A pesar de las ventajas esgrimidas por los defensores de este modelo de democracia, ya para el año 1970 eran evidentes las dificultades que generaba el elitismo político⁵. Prontamente fue observado que el equilibrio que genera esta idea de democracia es un *equilibrio en la desigualdad*. El secreto bajo el mecanismo parece ser sencillo: el presupuesto de la *soberanía del consumidor* es ilusorio. Explicitando el equívoco y asumiendo

3 David Held. *Modelos de la democracia*. Madrid: Alianza, 2007. Página 206.

4 *Ibid.* Página 206.

5 Para una crítica a este modelo de democracia, véase Carole Pateman. *Participation and Democratic Theory*. Cambridge: Cambridge University Press, 1970. También Carlos Ruiz Schneider. «Concepciones de la democracia en la transición chilena» en *Seis ensayos sobre teoría de la democracia*. Santiago: Universidad Andrés Bello, 1993. Páginas 161 a 197.

la analogía entre democracia y mercado, C. B. Macpherson sostiene que si el mercado político es lo bastante competitivo como para producir la oferta y la distribución óptima de mercaderías políticas –óptima en relación a la demanda– lo que hace es, generalmente, registrar la demanda *efectiva*, es decir, las demandas que cuentan con una capacidad adquisitiva suficiente como para respaldarlas. En el mercado económico esto significa sencillamente dinero. De igual modo, en el mercado político la capacidad adquisitiva es en gran medida, aunque no exclusivamente, dinero⁶.

En sociedades tan desiguales como la nuestra, este modelo sólo reproduce la desigualdad. Las distintas elites harían circular entre ellas el prestigio, el poder y los bienes económicos. Esta forma de entender la política –que concentra en sí mercado y poder político– desincentiva la participación y genera apatía. En este sentido, se ha dicho que «quienes por su educación y su ocupación experimentan muchas más dificultades que otros para adquirir, dominar y sopesar la información necesaria para una participación efectiva se hallan en clara desventaja: una hora de su tiempo consagrada a la participación política no tendrá tanto efecto como una hora de alguno de los otros.

6 C. B. Macpherson. *La democracia liberal y su época*. Madrid: Alianza, 2003. Página 114.

Lo saben, y por eso son apáticos. Así, la desigualdad económica crea la apatía política. La apatía no es un dato independiente»⁷.

Críticos de la democracia elitista han señalado que el supuesto de baja participación atentaría contra las bases del pensamiento liberal: la idea de individuo. De este modo y desde la propia perspectiva liberal, la democracia elitista no sería tan sólo antiliberal sino que también antidemocrática. Por último, cabe destacar que el elemento *competitivo* generaría, por el contrario, un modelo *oligopolista*: esto es, un modelo donde los pocos vendedores o proveedores de bienes políticos no necesitan responder, y no lo hacen, a las demandas de los compradores, como tendrían que hacerlo en un sistema competitivo. Más aun, podrían hasta cierto punto crear sus propias demandas⁸.

La *excelencia* y las políticas de la Concertación

En afinidad con este modelo elitista de la democracia, el sistema educacional chileno a partir de los años noventa de manera progresiva se fue

⁷ *Ibid.* Página 115.

⁸ *Ibid.* Página 225.

describiendo principalmente como proveedor de mercancías de acuerdo al nivel adquisitivo de diversos *consumidores*. Es un encuadre republicano de la política, sin duda, pero con una variación: se desplaza el concepto de *virtud cívica* por el de *excelencia*, variación sutil pero de importantes consecuencias. En el vocabulario republicano se suele entender la virtud cívica como el conjunto de aquellas capacidades que los ciudadanos deben poseer para servir al bien público por voluntad propia⁹. Estas capacidades tienen que ver con el hecho de ser libres y autónomos para participar de la cosa pública sirviendo al bien común a la vez que defienden la libertad de la comunidad en su conjunto y rechazan la coerción y la dominación. Asimismo, la virtud cívica ha sido definida como el conjunto de las relaciones de igualdad entre ciudadanos comprometidos en el hecho de gobernar y ser gobernados¹⁰.

En síntesis, la virtud en el vocabulario republicano podría significar en primer lugar una devoción hacia lo público, en segundo lugar la práctica igualitaria de ciudadanos en el espacio de las cosas

9 Quentin Skinner, «Las paradojas de la libertad política», en Félix Ovejero et al. *Nuevas ideas republicanas*. Buenos Aires: Paidós, 2003. Página 106.

10 John G. A. Pocock, «Virtudes, derechos y *manners*», en *Historia e Ilustración*. Madrid: Marcial Pons, 2002. Página 325.

comunes y, en tercer lugar, el ejercicio de la *vida activa*: actuar en política desinteresadamente. Es importante destacar que la idea republicana de virtud cívica se instala en centro de lo político y desplaza la idea de *fortuna*. La discusión contemporánea en torno a lo político ha establecido que la virtud cívica no puede ser entendida como fortuna o como suerte (*moral luck*) –así ha sido actualmente redefinida– en la medida que la acción en política virtuosa (republicana) no puede depender únicamente del lugar privilegiado de quien participa en política. Entender la virtud cívica como fortuna o suerte es hacer caso omiso a las profundas desigualdades existentes en las sociedades contemporáneas –especialmente las latinoamericanas– en materias de distribución de bienes o riquezas, como también de las condiciones y posibilidades de igualdad de género y raza¹¹.

Para evitar este calce entre privilegio, política y representación, la política de corte republicana intenta volver posible aquello de la *virtud cívica* a través de un sistema educacional público y de calidad, desplazando así la idea de *excelencia* por la de *mérito*. Sólo en ese contexto es posible esgrimir la idea de *mérito*. Por el contrario, pensar el mérito

11 Martha Nussbaum, «Educación para la renta, educación para la democracia», en *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Barcelona: Katz, 2010. Página 35.

sin instituciones republicanas –sin educación– significa asumir en términos retóricos el léxico republicano de lo político, pero en la práctica avalar una forma de democracia elitista que no cuestiona, sino más bien cuenta con la desigualdad de clase y los privilegios de ahí derivados. No está de más recordar que un elemento relevante a la hora de narrar la biografía de Michelle Bachelet durante su campaña presidencial fue, sin duda, su destacado paso por el sistema educacional público, el Liceo N° 1 y la Universidad de Chile.

El mérito o la virtud cívica nada dicen de excelencia. La política republicana de los mejores debe ser entendida en el sentido antes referido, esto es, la capacidad de participar del espacio de la política sin que esa participación se vea motivada por el interés privado.

¿De dónde arranca, entonces, esta vinculación entre política y excelencia? Desde hace algún tiempo se viene advirtiendo de la transformación del léxico de la democracia. Junto al uso más bien nominal de las palabras de igualdad, libertad y autonomía se han venido imponiendo con fuerza las de gestión, calidad y excelencia. Tres palabras, entre otras, que comenzaron a circular desde el mundo del empresariado al de la política sin restricciones.

Es relevante destacar que esta transformación del léxico de lo político ocurrió de forma paralela

tanto en el espacio de la política como en el espacio de la educación superior¹². De ahí que sea útil detenernos brevemente en la incorporación de la idea de *excelencia*, de modo más notorio y con anterioridad, de parte de los planteles universitarios. Bill Readings, en su importante texto *The University in Ruins*, afirma que la universidad contemporánea es más bien una «corporación burocrática» cuya palabra maestra será la «excelencia»¹³. Esta redefinición de la universidad implicaría primero el reconocimiento de que la universidad es una empresa y sus estudiantes, clientes; segundo, que al evaluar a las universidades según el recurso de la excelencia se fija un criterio que evoca algo más, un «calificador cuyo significado se fija en relación a otra cosa»¹⁴ y, tercero, que a la idea de excelencia le sería consustancial la idea de la exclusión. La causa de esta exclusión es simple: para invocar la idea de

12 En cuanto a esta transformación del vínculo entre Estado, educación y mercado en Chile, véase Willy Thayer. *La crisis no moderna de la universidad moderna*. Santiago: Cuarto Propio, 1996. Del mismo autor, también «Crisis soberana y crisis destructiva» en *Papel Máquina. Revista de cultura*, año 2, N° 5, Santiago: 2010. Páginas 113 a 131.

13 Justamente es el ensayo que abre este libro, publicado por primera vez en *Papel Máquina. Revista de Cultura*, año 1, N° 2. Santiago: 2009. Páginas 81 a 103.

14 *Ibid.* Página 83.

excelencia se debe presuponer, de antemano, un grupo cerrado.

¿Qué efectos tendría para la democracia, o para la política en general, definirse a partir de la *excelencia*? Como ha ocurrido en el ámbito de la educación, el traspaso del léxico empresarial de la excelencia al campo de la política ha comenzado a definir, lenta pero progresivamente, a la democracia en términos corporativos. En este punto el teórico político Sheldon Wolin ha señalado que la democracia se ha vuelto cada vez más una «democracia de los accionistas», metamorfosis de la política que crea «una sensación de participación sin exigencias ni responsabilidades»¹⁵. Esta transformación en el ámbito de lo político –que en Chile fue asumida desde el Gobierno de Ricardo Lagos y entronizada sin disimulos en el Gobierno de Sebastián Piñera– tendría implicaciones. Primero, se refuerza cierta idea elitista de la política. De ahí que se legitime la idea de que los cargos elevados, que no necesitan aprobación popular, deben ser reservados para quienes demuestren tener trayectorias de *excelencia*. En esta línea de argumentación Sheldon Wolin afirma que «los pocos deberían más o menos monopolizar el poder, el elitismo político muestra su afinidad electiva con

15 Sheldon Wolin, «Las elites intelectuales contra la democracia» en *Democracia S.A.* Madrid: Katz, 2008. Página 228.

el capitalismo. Ambos creen que los poderes de un cargo elevado, ya sea en el gobierno o en el mundo empresarial, deben quedar reservados para quienes se los ganan por sus cualidades personales y talentos excepcionales –demostrados en condiciones sumamente competitivas– más que para quienes llegan al poder en virtud de la aprobación popular. En un mundo perfecto, a las élites políticas se les confiaría el poder y se las recompensaría con poder y riqueza. [Éstas] tienen, según esta concepción, derecho al poder y a la recompensa».

En el mundo perfecto de las democracias contemporáneas, según la expresión de Wolin, esta concentración del poder tiene lugar en el poder Ejecutivo donde los cargos por designación no necesitan ser sancionados electoralmente. Este desplazamiento del poder implica la pérdida de centralidad de los partidos políticos, la marginación del Parlamento como un actor relevante más la transformación de las biografías políticas y militantes por biografías académicas y profesionales. Por causa de este último punto la composición del Ejecutivo está marcada por *profesionales* apolíticos y sin interés en ser parte de elecciones populares. Sin embargo, esta redefinición de lo político –en términos de lo que ha sido llamado *democracia invertida*– no sólo administra a la distancia el poder y distribuye recursos de mejor

modo, sino que produce lo que es entendido como *política*. Esta transformación de la idea de democracia pasa también por la incorporación de los medios de comunicación masiva, que estarán centrados en las acciones de ministros y ministras. De ahí que sea casi obligatorio pasar por el Ejecutivo para tener alguna posibilidad de llegar a ser Presidente o Presidenta de la República, a pesar de que no se tenga experiencia en política, que se perciba su cargo como *técnico* y no se milite.

En Chile esta transformación elitista de la democracia comenzó a tener lugar durante el gobierno de Ricardo Lagos, entre 2000 y 2006. Al entender la política desde estas coordenadas, no podemos dejar de mencionar el *gesto* presidencial de nombrar a cinco ministras, respondiendo «a un compromiso suscrito durante su campaña»¹⁶. Asimismo fue relevante la nominación de Michelle Bachelet, primero como Ministra de Salud, para que luego pasara a la cabeza del Ministerio de Defensa. ¿Qué hubiese pasado si Ricardo Lagos, obedeciendo a algún otro ejercicio de contrapeso, no hubiera vuelto a nombrar a Michelle Bachelet como ministra, esta vez en la cartera de Defensa? ¿Hubiera ella llegado a ser Presidenta? Son preguntas que nos llevan a la política de ficción, sin duda.

16 Clarisa Hardy. *Eliterazgo. Liderazgos femeninos en Chile*. Santiago: Catalonia, 2005. Página 182.

Lo que sabemos con certeza es que la insistencia de Lagos, su decisión de nominarla nuevamente como ministra, es uno de los hechos que hizo posible que Michelle Bachelet fuera la primera Presidenta de la República en Chile. Luego los medios cumplieron su tarea. Al gesto de la nominación viene la generación del *hecho político* que hará de Bachelet una candidata presidencial. Patricia Politzer lo narra del siguiente modo: «Junto al Secretario de Guerra, Gabriel Gaspar, Bachelet se unió a los militares e inició su recorrido (en un Mowag) en medio del fuerte temporal. Los medios de comunicación abandonaron otras coberturas para perseguir con sus cámaras a la Ministra de Defensa. Era la noticia descollante en la televisión y en las portadas de los diarios. ¡Una doctora arriba de un tanque! Qué más notable que la salud y la defensa unidas»¹⁷.

La segunda implicación del hecho de vincular la democracia con la idea de excelencia es que dicho vínculo tiende a clausurar el debate de lo político, al menos en términos públicos y ciudadanos. Esta clausura se debe principalmente a que la idea de excelencia opera como un significante *apolítico* que pareciera definirse a sí mismo sólo al ser enunciado: ¿quién en su sano juicio podría oponerse a un gobierno de *excelencia*? Sólo con el hecho de

17 Patricia Politzer. *Bachelet en tierra de hombres*. Santiago: Debate, 2010. Página 61.

enunciar en contigüidad democracia y excelencia se da por sentado que lo propuesto obedece a lo *mejor* y lo más *deseable*. De algún modo, cada cual tiene una definición relativamente clara de lo que quiere decir *excelencia*, de ahí que no sea necesaria ninguna explicación ni discusión del sentido de la palabra. En esta línea de argumentación, la *excelencia* sería uno más entre aquellos conceptos que parecen estar lejanos de cualquier *ideología*, ya que no tiene referente externo definido ni contenido interno unívoco¹⁸. No obstante la aparente claridad conceptual de la idea de excelencia, a pesar del convencimiento subjetivo que nos lleva a creer que conocemos bien su significado, ésta necesita siempre de un criterio externo –que no conocemos– para definirse. En este punto se ha dicho que la «excelencia no es un estándar fijo para juzgar, sino un calificador cuyo significado se fija en relación a algo más»¹⁹.

La frase de la misma Michelle Bachelet al iniciar su gobierno puede ser leída desde esta unión entre democracia y empresa que ha avanzado discretamente: «mi gobierno será *de excelencia*, de talento, de caras nuevas y experiencias. Elegiré a la mejor gente porque Chile lo merece». De esta tímida transformación del léxico y de la práctica de la política se pasará a una exacerbación sin disimulos por parte

18 Readings. «La idea de excelencia». Página 83.

19 *Ibid.* Página 83.

del gobierno de derecha que sucederá a Bachelet. Pongamos atención ahora a la frase que cierra esta cita a la Presidenta: «Chile lo merece». Sin duda es un eslogan conocido, habitual para nosotros como consumidores; su énfasis pasivo hace de la ciudadanía una entidad *apolítica*, de espectadores, que desdibuja el límite entre la soberanía política y la de quienes consumen, despojando a nuestra participación de toda exigencia y responsabilidad. ¿No nos recuerda acaso a ese *porque usted lo merece* (o *porque yo lo merezco*) tan usual en las ofertas de las multitiendas y el comercio en general? ¿No hay aquí un discreto desplazamiento desde un ciudadano político a un consumidor pasivo merecedor de buenas ofertas? Por último, ¿no estamos en presencia de los inicios de una redefinición de la democracia invertida hacia al Ejecutivo y dirigida en términos corporativos? La idea de excelencia –como las de calidad y eficiencia que le son complementarias– hace olvidar que la democracia, como señala Jacques Rancière, es principalmente un modo de subjetivación política, el nombre de una interrupción singular del orden de las distribuciones, una de las formas irruptivas que toma el «eficiente funcionamiento» de ese orden que sin duda ha naturalizado la exclusión²⁰. Esta

20 Jacques Rancière. *La mésentente. Politique et philosophie*. París: Galiléé, 1995. Páginas 43 a 67.

definición de la democracia en tanto interrupción busca explicitar lo más propio de esta forma de gobierno: la igualdad.

Desde el marco político guiado por la idea de excelencia que propuso Michelle Bachelet se avanza un paso desde una forma política republicana anclada en la idea de virtud cívica) hacia una de orden liberal (anclada en la excelencia). Este paso, a tientas y hasta incierto a veces, producirá la superposición inconexa de diversos regímenes argumentativos de lo político, a veces de corte socialista, a veces de corte republicano y otras tantas de corte liberal; también, la confusión y mezcla de retóricas venidas del campo de la política con otras venidas del campo empresarial, además de la descripción y narración de las militancias como trayectorias político partidarias o bien como trayectorias universitarias y también profesionales²¹.

La educación de la *excelencia*

Podríamos hacernos una pregunta y reiterar con una variación la fórmula antes descrita: ¿qué efectos

²¹ Clarisa Hardy hará explícito este vínculo entre *excelencia*, *liderazgo* y política de mujeres en el sugerente neologismo «eliterazgo». Para el desarrollo de esta idea véase Clarisa Hardy. *Eliterazgo. Liderazgos femeninos en Chile*. Santiago: Catalonia, 2005.

tiene para la educación que se la defina según la *excelencia*?

Comencemos por destacar que para el sistema universitario chileno la idea de excelencia se ha definido como una práctica de fiscalización y certificación continua. También en la adopción, por parte de la Comisión Nacional de Investigación, Ciencia y Tecnología (CONICYT), de un modelo productivo de conocimiento basado en la eficiencia y la cuantificación. La mencionada fiscalización ha tomado la forma de la *acreditación*, que busca certificar si una institución universitaria es confiable o no a la hora de otorgar créditos (¿y becas?). Esta búsqueda de la confianza como efecto esperado tiende a estandarizar estructuras, funcionamientos y programas. En este punto cabe una pregunta: ¿alguna universidad se arriesgaría a pensar estructuras, funcionamientos y programas fuera del marco establecido por la acreditación?

Por otro lado, la educación de la *excelencia* clausura todo debate en torno a la triada Estado-universidad-conocimiento. Aquí es necesario recordar que la mayoría de los libros chilenos que vale la pena leer para el área de las humanidades –sino todos– han sido escritos fuera del espacio de la universidad y sin apoyo financiero del Estado.

Me gustaría enfatizar que la acreditación no es más que una forma de asegurar el capital, no la

calidad de la educación. Al adoptarse un modelo productivo de conocimiento basado en la eficiencia y la cuantificación se termina por eliminar todo vínculo entre el espacio universitario y el espacio público y político. Esta desvinculación se da por dos razones: la primera tiene que ver con el sistema de control externo, centrado en la eficiencia administrativa con que son evaluados los distintos planteles universitarios. Este sistema de control es avalado por el Estado y promovido por las distintas agencias acreditadoras, instituciones privadas que, en afinidad con un modelo democrático elitista, delegan a una minoría de *profesores funcionarios* la fiscalización y el control de la mayoría de los docentes que conforman el sistema universitario chileno. En relación a esta forma de control sobre las universidades y la manera en que es concebido el rol de los docentes se ha determinado que «las competencias sitúan a los docentes en un plano técnico, es decir, los descalifican profesionalmente, al traducir en formas transparentes –medibles, cuantificables y acumulables– las habilidades profesionales»²².

Si tuviera que indicar algunas de las consecuencias que trae consigo la adopción de este modelo de

22 F. Angulo Raco y S. Rendón Pantoja. *Competencias y contenidos: cada uno en su sitio en la formación docente* (2011), citado en José Carlos Bermejo. *La maquinación y el privilegio. El gobierno de las universidades*. Madrid: Akal, 2011. Página 13.

acreditación universitaria, enumeraría tres: genera una tecnocracia pedagógica, que termina estableciendo los marcos evaluativos de la docencia y de la investigación según criterios objetivos, medibles y cuantificables (aquí cabe preguntarse cuál es lugar que ahí ocuparían las humanidades); produce hiperactividad del estamento docente a la hora de ser sometido *acríticamente* a todos los procesos de evaluación y control propuestos por las agencias acreditadoras, sometimiento –como todo sometimiento– que se recompensa con bonos e incentivos; produce, por último, un evidente debilitamiento de la autonomía institucional de los centros universitarios.

Una segunda causa para la desconexión de la universidad chilena con lo público y político es el sistema adoptado por CONICYT para evaluar la productividad de sus investigadores e investigadoras, que privilegia la circulación del conocimiento en redes de revistas indexadas, preferentemente ISI. Como ha sido ya establecido, esta forma de entender la producción y circulación del conocimiento termina por dar el control a las universidades norteamericanas sobre qué y cómo se escribe en América Latina. En este sentido se ha dicho que «el peso de las universidades [norte]americanas en el mundo es aplastante, lo mismo que en el control de las publicaciones

científicas, cuyo único idioma ya es prácticamente el inglés»²³. Bien se puede afirmar que esta forma de entender la producción de conocimiento es afín al neoliberalismo, puesto que sanciona negativamente cualquier otra forma de generación de conocimiento exterior a las universidades y el circuito de las revistas estandarizadas.

Para terminar no está demás retomar el inicio de este texto: toda política implica una estética que visibiliza sujetos, funciones y tiempos. Nuestra política estética se enmarca en una democracia elitista instituida en Chile con la Constitución de 1980, puesta en marcha por los expertos y técnicos de los gobiernos de la Concertación, y hecha explícita con todos sus contornos durante este gobierno de derecha. Si políticos, expertos y técnicos han generado una sociedad cada vez más injusta y una educación de clases, quizás sea necesario cambiar el marco: cambiar la Constitución.

23 *Ibid.* Página 20.

